

Revista  
electrónica  
de la Secretaría  
de Investigación  
y Postgrado

FHyCS-UNaM

Nº 16 Julio 2021



**La Rivada. Investigaciones en Ciencias Sociales.**

Revista electrónica de la Secretaría de Investigación y Postgrado.  
FHyCS-UNaM

**La Rivada** es la revista de la Secretaría de Investigación y Postgrado de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Misiones. Es una publicación semestral en soporte digital y con referato, cuyo objeto es dar a conocer artículos de investigación originales en el campo de las ciencias sociales y humanas, tanto de investigadores de la institución como del ámbito nacional e internacional. Desde la publicación del primer número en diciembre de 2013, la revista se propone un crecimiento continuado mediante los aportes de la comunidad académica y el trabajo de su Comité Editorial.

**Editor Responsable:** Secretaría de Investigación y Postgrado.  
FHyCS-UNaM.

Tucumán 1605. Piso 1.  
Posadas, Misiones.  
Tel: 054 0376-4430140

**ISSN 2347-1085**

**Contacto:** larivada@gmail.com

**Artista Invitado**

Daniela Azida  
instagram.com/daniela.azida

## Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Misiones.

**Decana:** Mgter. Gisela Spasiuk

**Vice Decano:** Esp. Cristian Garrido

**Secretario de Investigación:** Dr. Froilán Fernández

**Secretario de Posgrado:** Dr. Alejandro Oviedo

**Director:** Dr. Roberto Carlos Abinzano

(Profesor Emérito/Universidad Nacional de Misiones, Argentina)

### Consejo Asesor

- Dra. Ana María Camblong (Profesora Emérita/ Universidad Nacional de Misiones, Argentina)
- Dr. Denis Baranger (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)
- Dra. Susana Bandjeri (Universidad Nacional del Comahue/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina)

### Equipo Coordinador

- Carmen Guadalupe Melo (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)
- Christian N. Giménez (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)

### Comité Editor

- Débora Betrisey Nadali (Universidad Complutense de Madrid, España)
- Zenón Luis Martínez (Universidad de Huelva, España)
- Marcela Rojas Méndez (UNIFA, Punta del Este, Uruguay)
- Guillermo Alfredo Johnson (Universidade Federal da Grande Dourados, Brasil)
- María Laura Pegoraro (Universidad Nacional del Nordeste, Argentina)
- Adriana Carísimo Otero (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)
- Ignacio Mazzola (Universidad de Buenos Aires-Universidad Nacional de La Plata)
- Mariana Godoy (Universidad Nacional de Salta, Argentina)
- Carolina Diez (Universidad Nacional Arturo Jauretche, Argentina)
- Pablo Molina Ahumada (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina)
- Pablo Nemiña (Universidad Nacional de San Martín, Argentina)
- Daniel Gastaldello (Universidad Nacional del Litoral, Argentina)
- Jones Dari Goettert (Universidade Federal da Grande Dourados, Brasil)
- Jorge Aníbal Sena (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)
- María Angélica Mateus Mora (Universidad de Tours, Francia)
- Patricia Digilio (Universidad de Buenos Aires, Argentina)
- Mabel Ruiz Barbot (Universidad de la República, Uruguay)
- Ignacio Telesca (Universidad Nacional de Formosa, Argentina)
- Froilán Fernández (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)
- Bruno Nicolás Carpinetti (Universidad Nacional Arturo Jauretche, Argentina)
- María Eugenia de Zan (Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina)
- Juliana Peixoto Batista (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Argentina)
- Lisandro Rodríguez (Universidad Nacional de Misiones, Argentina /CONICET)
- Natalia Aldana (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)

### Consejo de Redacción

- Julia Renaut (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)
- Julio César Carrizo (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)
- Lucía Genzone (Universidad Nacional de Misiones, Argentina/CONICET)
- Marcos Emilio Simón (Universidad Nacional de Misiones/Universidad Nacional del Nordeste)
- Romina Inés Tor (Universidad Nacional de Misiones, Argentina/CONICET)
- Emiliano Hernán Vitale (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)

### Asistente Editorial

- Antonella Dujmovic (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)

### Corrector

- Juan Ignacio Pérez Campos

### Diseño Gráfico

- Silvana Diedrich
- Diego Pozzi

### Diseño Web

- Pedro Insfran

### Web Master

- Santiago Peralta






# HOMENAJE

En nuestra historia.  
Homenaje a Héctor Jaquet

ILUSTRACIONES: Daniela Azida





nos oirás volver

\*el regreso

98.7 FM Universidad  
Miercoles de 20 a 22

# Homenaje a Héctor Jaquet

# Presentación

No sabemos cuánto dura el luto. Sólo tenemos la certeza de que se trata de un proceso particular, aunque nos pueda interpelar de manera colectiva. El fallecimiento de Héctor Eduardo Jaquet en mayo de 2020 impactó en la comunidad académica de la FHyCS-UNaM. La dificultad en asimilar esta situación (tan característica de gran parte de nuestras culturas occidentales) tiene mucho que ver con el hecho de que realicemos este homenaje un año después de su partida física. Héctor no sólo fue el fundador de esta revista, sino también, mentor, colega y/o amigo, para quienes formamos parte del Comité Editor de La Rivada. Esta es la razón por lo que esta tarea ha sido dolorosa y extenuante (como subir una pendiente, similar a la que se refería Héctor cuando bautizó nuestra publicación).

Más allá de la tristeza inherente al hecho de llevar a cabo la sección en estas circunstancias, nos hemos encontrado con una dosis inconmensurable de afecto, admiración y estima por parte de los colegas que han compartido sus textos y obras. Algunos compañeros y compañeras invitados a participar nos manifestaron su imposibilidad de concretar sus escritos, por verse imposibilitados aún en asimilar la pérdida de Héctor. Comprendemos y valoramos sus sentimientos, ellos también han compartido, al igual que nosotros, proyectos, viajes y agasajos con él.

En estas páginas Héctor es recordado y retratado en sus diversas facetas: como docente, historiador, editor, documentalista y amigo. Sin embargo, un don del que no nos habíamos percatado conscientemente y que sobresale en las palabras de más un camarada, radica en su capacidad de escuchar al otro, es decir, de verlo y prestar atención a sus inquietudes y anhelos, de ser parte de ellos. Dicha aptitud se inmiscuye en gran parte de los relatos de personas que conocieron a Héctor en diversos momentos de su vida, y que fueron interpelados por la pasión y el compromiso que este amigo en común emanaba en cada actividad con la que se comprometía.

Es probable que este recorrido a través de diversas voces e imágenes llevará por el sendero de las lágrimas, pero también lo hará por el de las risas y las añoranzas, ya que la persona y la obra de Héctor persiste en todos nosotros, a través del aprendizaje constante que tuvimos junto a él, como así también de la fortuna de haber disfrutado de los momentos de intensos diálogos y de compartir su particular sentido del humor.

Nuestro agradecimiento está expresado en cada párrafo y pixel de este homenaje.

## Cómo citar esta sección:

La Rivada (2021) "En nuestra historia. Homenaje a Héctor Jaquet". Revista La Rivada 9 (16), pp 260-301. <http://larivada.com.ar/index.php/numero-16/153-7-homenaje/309-en-nuestra-historia>

## Editores responsables:

Lisandro Rodríguez, Aníbal Sena y Christian Giménez





# Héctor en la región de los espejos que se bifurcan

Por Omar Arach

---

*“Si para todo hay término y hay tasa  
y última vez y nunca más y olvido  
¿Quién nos dirá de quién, en esta casa,  
sin saberlo, nos hemos despedido?”*  
(J.L.Borges, Límites)

## Límenes

¿Cómo escribo sobre vos sin resbalar hacia esa ausencia inconcebible que devora todas las palabras? ¿Cómo la esquivo sin desconocer que es precisamente ella, esa ausencia inconcebible, el motivo de esta invitación a escribir? Al igual que esa cámara borrosa con la que empieza *Lele* (tu hermoso homenaje a quien siempre veneraste como tu maestra), así va mi corazón por el tiempo, hasta llegar a la casa compartida en la que fueron escritos o conversados estos libros<sup>1</sup>; libros que ahora vuelvo a leer para sentir otra vez algo del pulso de tu voz.

La casa de la calle San Martín. Ese fue el nombre que aquel lugar terminó teniendo entre quienes se arremolinaban en torno al Programa de Posgrado en Antropología Social, en sus primeros tiempos, cuando Posadas aún era otra. Hacía poco había comenzado el llenado, a cota parcial, del embalse de Yacyretá y todavía quedaban fragmentos de la mítica Bajada Vieja, que llevaba a un puerto a punto de naufragar, donde viejos galpones en desuso se habían convertido en improvisados centros de actividades artísticas y culturales. Había menos cemento y luces, y las noches tenían un encanto sombrío y perfumado.

Se me ocurre ahora, parafraseando a Gramsci, que la vieja Posadas no acababa de irse y la nueva no terminaba de llegar, y todavía parecían resonar los ecos de esa aldea en la que se escribió la historia que te apasionaba estudiar. Era, pienso ahora, un tiempo liminal, como liminal era la condición social de aquellos historiadores que escribieron esa historia, y liminal era, también, tu propia situación entre la historia y la antropología. Y liminal era, al fin y al cabo, esa casa de alquiler, al fondo de un pasillo, en el centro de manzana, a la que afluían amigas y amigos de todas partes, para desconcierto de los vecinos que no podían descifrar la verdadera ocupación de estos extraños visitantes: demasiado grandes para ser estudiantes, demasiado estafalarios para ser profesionales.

Tal vez haya sido un día como hoy, pero de 25 años atrás, cuando, al terminar una de las primeras clases de la Maestría en Antropología Social, te acercaste a mí, me

<sup>1</sup> *En otra historia nuevos diálogos entre historiadores y educadores en torno a la construcción y enseñanza de la historia de Misiones, para docentes de la EGB y Polimodal.* Posadas, Eduam, 2002; *Haciendo historia en la aldea, Misiones 1996.* Posadas, 2002 y especialmente *Los combates por la invención de Misiones. La participación de los historiadores en la elaboración de una identidad para la provincia de Misiones, Argentina, 1940-1950.* Posadas, Eduam, 2005.



UM  
Universidad de Misiones

diste la mano, me dijiste que sabías que era de afuera y estaba buscando casa para alquilar, y que podías ayudarme en la búsqueda, porque tenías un auto para recorrer la ciudad. Me impresionó ese espontáneo gesto de solidaridad que, después supe, era una de los rasgos que te caracterizaban. También me impresionaron otras cosas menores, o mayores, según como se lo mire, ya que eras marcadamente más alto que yo. Tu expresión afable pero seria, y la camisa de color rojo, cayendo por fuera de los pantalones, en la que se destacaba, en el bolsillo izquierdo, un manchón de tinta azul. Luego sabría que era una marca de tu oficio docente, resultado del hábito de guardar al descuido lapiceras en los bolsillos. También me impresionó, ya mientras descendíamos las escalinatas hacia la vereda en busca del auto, que me dijeras que no sabías manejar.

En la vereda, mientras oteábamos los autos que se aproximaban, me contaste que no sabías manejar pero que un amigo (alguien que se había aquerenciado en la casa de tus padres, ahí empezaba a aprender que tu don para la hospitalidad era un bien de familia) te hacía la gauchada de manejarlo. También me empezaste a contar que ese auto, en realidad, era el obsequio de una pareja amiga a quien habías apoyado en la difícil situación que tenían con su hijo, que ahora era tu ahijado. Estábamos en eso cuando llegó el vehículo: un Fiat 600, de color rojo, como tu camisa, conducido por un muchacho flaco que hablaba con acento chaqueño. Nos acomodamos como pudimos adentro del auto, creo que fue más sencillo para mí que para vos, y empezamos a recorrer las calles, mientras cebabas mate y me ibas enseñando tu ciudad (y tu provincia, y tu región), en medio de divertidas anécdotas y deliciosos detalles que provenían, luego lo supe, de tu oficio de historiador y profesor de historia.

Dicen los etnógrafos que hay que estar atentos a los primeros momentos del campo, ya que allí se suelen ofrecer datos reveladores que luego, por acostumbramiento, comienzan a pasar inadvertidos. Pienso esto ahora, cuando trato de recordar y me detengo en esta situación anecdótica, porque ahí, en ese momento, ya estaban exhibidos los principales rasgos que te caracterizaban; o por lo menos, aquellos que encuentro asociado a tu nombre y constituyen mi recuerdo de vos: el gesto solidario, la hospitalidad sin cálculos, el sentido del humor, la bonhomía, cierto desparpajo para nada escandaloso, la seriedad académica, la raigambre popular, el amor por tu lugar. Recuerdo que bajé del auto, empapado de risas y sintiendo que, ahora sí, estaba por fin en Misiones.

## Misioneridades

“¡Que devuelvan Virasoro!”. Recuerdo a Héctor teatralizando un altercado entre historiadores de provincias vecinas. Eran los tiempos en que había elaborado un dispositivo argumental, basado en las nociones de matriz historiográfica y misioneridad, que le permitía comprender la historiografía en la que se había formado, analizando en simultáneo la historia de Misiones, el proceso de su construcción y sus efectos en el presente. Apasionado con ese artificio, iba y venía conversando con vivos y muertos, adentro de ese drama historiográfico que lo tenía, también a él, como protagonista.

Compartíamos una casa y no era raro saberlo adentro de su habitación, con puertas y ventanas herméticamente cerradas, escribiendo. La señal de que estaba en esa tarea era la estridencia de la música, generalmente de Ramón Ayala o de algún otro



UM  
Universidad de Misiones

músico misionero, que seguramente le daba la atmósfera y la fuerza para encarar la compleja labor que estaba intentando. Héctor desmenuzaba una materia de la que estaba hecho y, al igual que su tocayo de Troya, acometía una empresa agonística a sabiendas del desafío desigual al que se enfrentaba. Ciertamente, al final de esa empresa, aceptaría resignadamente que “el objeto lo había vencido”.

Estudiaba el campo historiográfico con herramientas de la antropología, y era como un estraperlista entre tribus epistémicas vecinas que se miran entre sí no sin cierto recelo. En ese juego de espejos confrontados, que atravesaba de ida y de vuelta, y en una región de fronteras que son también como espejos, aplicaba la reflexividad para ver a través de su propia experiencia las resonancias en el presente de aquello que estudiaba en el pasado, y del pasado de ese pasado, y viceversa. Terminó elaborando un gran fresco misionero, una narración agonística poblada de espejos, puertas y pasadizos que reflejaban y conectaban acontecimientos diversos de temporalidades disímiles, con momentos deslumbrantes y observaciones osadas sobre la historicidad de los símbolos identitarios y el proceso de su construcción: (“cuanto más reciente era el impulso para inventarlo, más intenso era el esfuerzo por concebirlo muy antiguo y esencial” (*Los combates por la invención de Misiones*, página 305).

Había una comicidad persistente en su mirada, que podría ser muy mal interpretada como falta de respeto o mera provocación. Héctor sentía una profunda simpatía (que no empatía) por aquello que estudiaba. Y la teatralización de los dramas historiográficos (del pasado y del presente) era como la risa “bajtiniana” que socava las jerarquías para que pueda respirar la comunidad. Buscaba sacudir el yugo de la historia con mayúsculas, para abrir la posibilidad de hacer otras historias.

En algún punto del camino, Héctor se volcó a la realización audiovisual y abrió otra puerta que se internaba por nuevos jardines y maravillas. Allí pudo desplegar su sensibilidad de investigador-educador en otro lenguaje, legándonos una serie de trabajos que son un viraje de su producción anterior y al mismo tiempo su profundización y perfeccionamiento. Saltos, virajes, creativas innovaciones que le van permitiendo explorar nuevos tópicos y narrativas, pero siempre en torno a un centro gravitatorio que tiene en la vida misionera, en su historia, en su paisaje, su eje axial.

Ya nos había anticipado que el objeto lo había vencido, porque ese “objeto” estaba encarnado en él. De manera que fue a buscar imágenes, sucesos y personas del presente con la pasión que demandaba esa carnadura, pero sin la impostación y grandilocuencia que denostaba en aquello que había estudiado. Fue a buscar esos mundos perdidos, invisibles, profundamente propios y vitales.

Con mirada aguda, de una lucidez cultivada pero dulcificada con su ternura congénita, posa la cámara sobre las gentes sencillas, embellecidas con su propia luz, en medio de paisajes cotidianos que bajo su lente adquieren una majestuosidad cinematográfica. Una trabajadora de manos añosas feliz por haber aprendido a leer y escribir. Una anciana eslava que da cuerda a su pasión cantarina con risa infantil. Un “urú” de origen afrobrasileño custodiando el humeante barbacuá. Un campesino tiznado unciendo la yunta de bueyes para transportar el carbón en la traqueteante carreta. Unos obreros zapecando la yerba en la oscuridad del secadero en medio de un coloide de briznas iluminadas con los rayos que se filtran por las rendijas. Los cielos profundos. La tierra roja. El verde de los yerbales. Las ruinas agroindustriales testimoniando un fugaz esplendor. Los restos de la selva. Sus antiguos dueños convertidos en silenciosos peones que miran la tierra o pesan bolsas de yerba en una



UM  
Universidad de Misiones



báscula casera. Los mundos invisibles en el palimpsesto del presente, animados con el soplo vivificante de su profunda sensibilidad.

## El abrazo pendiente

Héctor sobresalió en todas las disciplinas y oficios en los que incursionó: como historiador, como antropólogo, como documentalista, como editor, como coordinador de equipos. Pero sobre todo, como educador. Creo que este era el punto cardinal de su ejercicio, al que aflúan todos los saberes que iba atesorando en su andar y desde donde fluían las preguntas y demandas para la investigación, que luego irradiaría con innumerables recursos en los igualmente innumerables ámbitos en los que desplegó su magisterio. Tengo para mí que el impulso motor era la enorme responsabilidad con la que realizaba esta tarea y la exigencia que se imponía para no hacer del ejercicio educativo un acto burocrático de transmisión de discursos empaquetados, sino un encuentro dialógico donde cada quien encontrara su voz y su camino a partir del reconocimiento del otro.

Yo fui uno de los tantos compañeros de posgrado que se benefició de esa excepcional cualidad y disposición suya. Frente a un manuscrito que era un galimatías ante el cual daban ganas de gritar, ahí sí, “el objeto me ha vencido”, Héctor encontraba algunos filamentos desde los cuales reordenar el texto y hacer nacer lo que efectivamente pujaba por dejarse decir. No leía desde un conocimiento preestablecido, ni desde una norma a la que había que adecuarse, sino desde la potencialidad que, de manera balbuceante y confusa, existía en los borrosos borradores que le acercábamos. No sorprende que en las tesis de los primeros años del PPAS su nombre sea frecuentemente referido en los agradecimientos, esa sección prescindible que, sin embargo, expresa el momento más veraz de esos textos.

Él fue así con nosotros, sus compañeros de posgrado, pero era así, en general, en todos los órdenes de la vida. Alegre, solidario, generoso, con una sensibilidad fuera de lo común para percibir la necesidad del otro y ofrecer su ayuda providencial. Por eso, en el libro de los abrazos, la palabra gracias siempre está pintada al lado de su nombre.

En algún momento me fui de Posadas y nuestros encuentros se hicieron más espaciados. En alguna ocasión él se fue a Buenos Aires. En otra oportunidad nos volvimos a encontrar en Posadas. Más de una vez volvió a ser esa especie de chapulín colorado que aparecía en el momento más necesitado. Ahora no puedo recordar cuándo fue la última vez que nos encontramos y nos despedimos con un abrazo. Hubo sí, después, llamados telefónicos, correos electrónicos, mensajes de whatsapp, con abrazos verbales, virtuales, incorpóreos. Había promesas de volver a encontrarnos y certezas de abrazos de cuerpo presente. Quizás por eso no recuerdo la última vez que nos dimos un abrazo de verdad. No había nadie que dijera, tal vez para mi bien, que sin saberlo me había despedido.

Ahora se ha abierto esa otra puerta y ya no regresa para contarnos qué es lo que hay detrás de los espejos. Entonces, nos abrazamos a su memoria y vemos que sus huellas y sus obras siguen fecundando el devenir.

Gracias por tanto, querido amigo.

Abrazo grande.



UM  
Universidad de Mendoza



# Héctor, el comunicador

Por Sebastián Korol

---

Héctor Jaquet supo destacarse en sus diferentes facetas. Las más conocidas son las de investigador, docente y cineasta. En cada una de esas actividades, en un sentido amplio, demostró destrezas comunicacionales: en la divulgación científica con la escritura; en el aula con la palabra hablada y el uso del espacio y el cuerpo; en el documentalismo con los signos audiovisuales. Cumplía sobradamente con aquellas tres virtudes que Jesús Martín-Barbero postula para un buen comunicador: pensaba con cabeza propia, tenía qué decir y sabía ganarse la escucha de la gente.

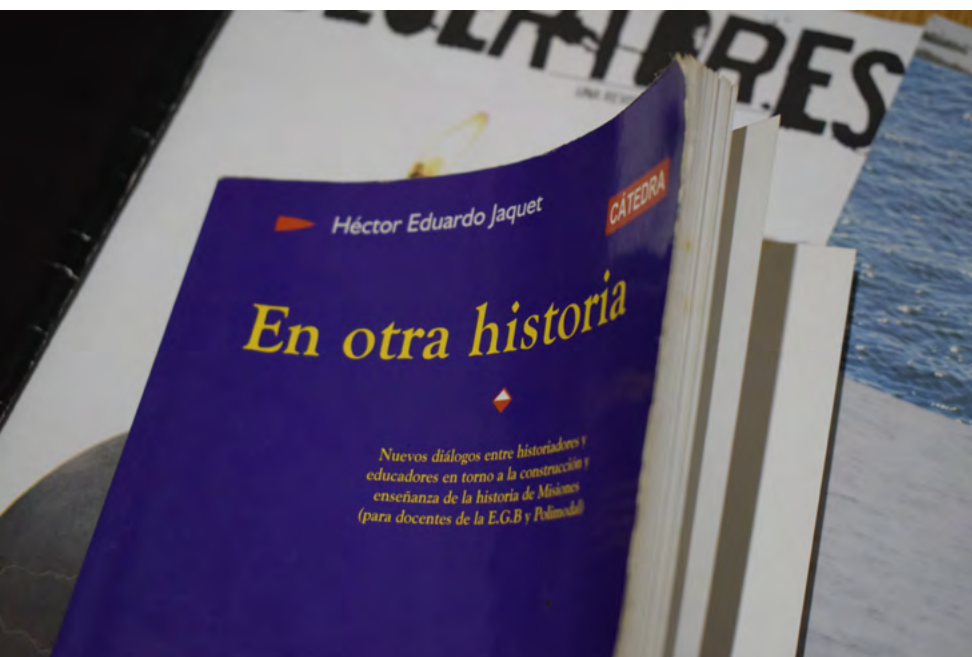
Pero, además, desde la perspectiva específica del campo de la Comunicación Social, es necesario agregar y reivindicar que fue también un apasionado comunicador. Un “aficionado” que se atrevió a incursionar, gestar y coordinar, desde una praxis crítica, colectiva y comprometida, valiosos proyectos comunicacionales.



Su interés por la comunicación comenzó en la infancia y estuvo signada por una temprana fascinación por el cine. Una curiosidad que, como él evocó en varias oportunidades, surgió en la casa familiar del barrio El Decano de Posadas, cuando permanecía durante horas frente al televisor atraído por los contenidos audiovisuales que emitía la señal pública local. Fue cuando descubrió que, “de grande”, se dedicaría a hacer películas.

Por entonces Héctor ya mostraba una sensibilidad particular y una necesidad expresiva que, con el tiempo, exteriorizó de diversas maneras. Al mismo tiempo, su avidez por el conocimiento lo hacía un estudioso excepcional y un visitante habitual de las bibliotecas populares y escolares, adonde acudía en busca de historias, reales e imaginarias.

Cuando concluyó el secundario, en 1984, Héctor deseaba ingresar a una carrera relacionada con el cine. Las dificultades económicas que atravesaba su familia impidieron que en ese momento pudiera cumplir con su elección vocacional, por lo que finalmente optó por la carrera del Profesorado en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Misiones (FHyCS-UNaM).



## Estudios Regionales

Vinculado al grupo de trabajo coordinado por la profesora e investigadora Ángela “Lele” Perié de Schiavoni, en los primeros años de la década de 1990 Héctor acompañó de cerca, desde el Centro de Investigaciones Históricas, la experiencia de la revista *Estudios Regionales*<sup>1</sup>, del Instituto de Investigación de la FHyCS-UNaM, creada y dirigida por “Lele”.

En el número 1 (1991), que trató temas de historia, Héctor publicó su primer artículo académico, en coautoría con Marcela Andreoli y Gabriela Escalada. El trabajo se titula “La empresa jesuítica” y fue la producción final del Taller de Historia Regional 1 realizado en el Centro de Investigaciones Históricas Culturales bajo la coordinación general de Perié de Schiavoni. Ese texto, se consigna en la revista, estuvo acompañado de un audiovisual, lo que permite inferir que Héctor vivió allí, además, su primera experiencia con el documentalismo.

<sup>1</sup> En su penúltima película documental, *Lele* (2019), realizada en homenaje a su mentora Ángela Perié de Schiavoni, Héctor dedicó un segmento especial a la revista *Estudios Regionales* en el capítulo 5: “Una investigadora motor de publicaciones universitarias”.



UNaM  
Universidad Nacional de Misiones



El proyecto de *Estudios Regionales* lo marcaría profundamente y, más adelante, le inspiraría para dar forma a otras tres propuestas de comunicación de las ciencias sociales en el ámbito local: las revistas *Avá*, *Desertores* y *La Rivada*.

## Avá

En una línea cronológica, el primer proyecto comunicacional gestado por Héctor fue la revista *Avá*, del Programa de Posgrado en Antropología Social, en 1998.

Como recordaron Ana Zoppi y Natalia Otero Correa en la nota editorial del número 35 (diciembre 2020)<sup>2</sup>, fue el ideólogo del proyecto:

“Estábamos en la Secretaría de Investigación, sentados en los silloncitos al lado del salón del posgrado conversando con Héctor sobre la falta de un espacio en el cual dar a conocer las investigaciones que se venían realizando en el campo de la Antropología Social en Misiones. Además, un medio que permitiera a los egresados del PPAS seguir manteniendo el vínculo con el posgrado. Entonces él nos miró serio y nos dijo (no sabemos si fueron las palabras exactas): ¿Y... si hacemos la revista del PPAS? No lo dudamos ni un segundo, a pesar de no saber en qué nos estábamos metiendo. Héctor tenía la capacidad de hacer carne las ideas de las maneras más insospechadas, de generar espacios de creación y construcción colectiva en donde el análisis crítico y la emoción iban de la mano”.

Con esta publicación, refieren Zoppi y Otero, se buscaba habilitar un espacio de diálogo con otras ciencias sociales y propiciar “un debate académico fecundo, con independencia intelectual y sentido crítico”. La revista, agregan, aspiraba a ser un instrumento para el intercambio y discusión con otras academias nacionales e internacionales “interesadas en participar de un foro en que la escritura científica se transformara en el principal vehículo de comunicación”.

Según destacan, en el momento fundacional del proyecto, Héctor, que contaba con 31 años, se mostraba convencido de que “para el desarrollo de las ciencias sociales era necesario un debate colectivo serio, crítico y constructivo, que redundara en el compromiso de éstas con los problemas de la sociedad contemporánea”.

## Desertores

Ocho años después de *Avá*, en 2006, llegaría la revista *Desertores*: el proyecto más político-militante de la trayectoria comunicacional de Héctor. Una propuesta de publicación “independiente, libre de todo condicionamiento institucional”, que aparecía con la intención de contribuir a la discusión sobre diversas problemáticas históricas y contemporáneas.

Héctor asumió el rol de coordinador y como tal supo entablar un diálogo cercano con la comunidad universitaria, no solo de la carrera de Historia, sino también de otras disciplinas como Antropología, Letras y Comunicación Social. Las páginas de la revista se llenaron con ideas, inquietudes y reflexiones de jóvenes estudiantes, graduados, docentes e investigadores de la FHyCS-UNaM.

<sup>2</sup> Disponible en <http://www.ava.unam.edu.ar/images/35/n35a01.pdf>

Los editores se mostraron interesados en que los temas y artículos también lleguen a la comunidad extra-universitaria por diversas vías: “No queremos que la revista se encapsule en un público cautivo y restringido a la Facultad”.

¿Por qué *Desertores*? En el número 1 explicaban que el nombre aludía a “la idea de Desertar del sistema, huir de la estructura, de los condicionamientos, de las normas, de las reglas, de las obligaciones que impone el sistema. El desertor para nosotros

es quien huye de la estructura para seguir luchando por lo que cree, es alguien que está en lucha permanente contra el sistema y que jamás se somete a él. Estar por fuera de la estructura y de la obligación hipócrita que ella impone a los individuos, es luchar permanentemente por conquistar la libertad. Ese es nuestro principal principio para la acción”.

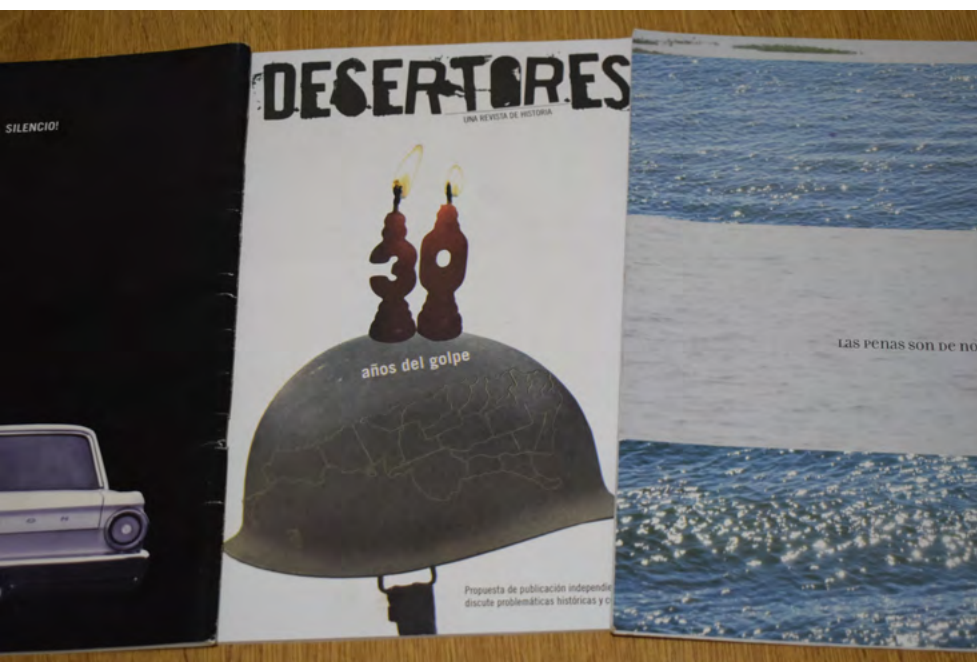
En la revista se abordaron diversas temáticas de la historia y la actualidad local y regional, especialmente relacionadas con los derechos humanos, las problemáticas socio-ambientales y los pueblos originarios. Era un contexto singular, de candentes

debates histórico-políticos: tras el ciclo neoliberal que había azotado al continente, se abría una nueva época con gobiernos progresistas que reivindicaban, no sin fuertes contradicciones y tensiones internas, tradiciones políticas populares.

*Desertores* tenía como eje principal a la historia. Pero, aclaraba Héctor en la primera editorial: “una historia no anclada en el pasado remoto sino una historia preocupada por reflexionar sobre las problemáticas del presente. Por eso hay secciones de actualidad y las específicamente historiográficas. Procuramos siempre plantear posiciones y argumentos críticos sobre cada tema o cuestión”.

En esa presentación quedaba muy clara la línea editorial y el posicionamiento ético-político del proyecto. En ese sentido, aunque extensa, merece en este espacio la reproducción parcial del mensaje, firmado por Héctor:

“Una revista de historia fabricada por estudiantes y docentes en este lugar del planeta (como la que pueda surgir en cualquier otro lugar) necesariamente es oblicua, artesanal, imperfecta, incompleta, mejorable, tal vez, todavía una idea en gestación, un puzzle de pasiones e ideologías, un acto pretencioso, una insolencia editorial, un deseo -o más lejos aún- una utopía. Lo sabemos. Pero también es cierto que no deja de ser un acto de vida y de presencia frente el carrusel de obviedades en que suele girar nuestro universo académico. Una revista de historia no es un baúl de cosas viejas, un almanaque de efemérides curiosas o un cofre con verdades sagradas -opciones según el gusto del usuario-. Es un instrumento crítico para debatir sobre el mundo. Al menos pretendemos que sea eso. Si no lo logramos, ipues el peso de la misma



historia caerá sobre nosotros!. No lo decimos por profesar alguna religión escatológica o por proclamar una sentencia historicista, sino por la fuerza objetiva de los hechos: un solo número y adiós!. Para que esto no ocurra, los lectores deberán acompañarnos de cualquier modo: sumándose al proyecto, mandando contribuciones o debatiendo con nosotros sobre aquello que valga la pena. Que la historia tiene que ver con el presente es casi una doxa para los historiadores por más que muchos postulen la necesidad de olvidar el pasado para oscurecer el presente. Así, mientras discernimos sobre secciones, contenidos, perfiles, diseños a través de los cuales podía consubstanciarse el proyecto de revista, pudimos comprobar esa continuidad. Nuestras subjetividades fueron atravesadas por la fuerza de la historia, una historia reciente que, convertida en memoria social, nos invadió por completo: 2006 es el año de la conmemoración del 30 aniversario del Golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Desde esa conciencia histórica, nuestra tarea empezó a tener un sentido más claro, nuestro esfuerzo empezó a justificarse en torno a heridas que aún están abiertas y nos comprometen. Herederos de esa historia sangrienta, compartimos el deseo de justicia y de castigo a los culpables. Esta revista, más allá de los rumbos que tome en el futuro, ya no puede sustraerse a la voluntad de todos y cada uno de los editores, de postularse como un pequeño eslabón más en la cadena de homenajes que, a lo largo del año y en diferentes lugares del país, se realizan para recordar a las víctimas del terrorismo de estado. Es nuestro modo de no ser indiferentes con el pasado y con el presente. Es nuestra manera de no pagar con el silencio tanto dolor. Que el Nunca Más, “nunca” se convierta en un slogan mediático, sino que opere como un norte concreto y permanente para la acción. Propiciamos y tratamos de hacer eso”.

Entre 2006 y 2008 se editaron un total de siete números. En paralelo, por el aire de FM Universidad, se emitió durante tres temporadas (2007, 2008 y 2009), con frecuencia semanal, el programa *Desertores Radio*, que expandía al lenguaje radiofónico los debates y contenidos que se presentaban en la publicación gráfica.

Durante esos dos años, el equipo editor trabajó entusiastamente como un colectivo de comunicación. Desde el ámbito de la FHyCS se acercaron a la comunidad universitaria diferentes propuestas de encuentro y reflexión crítica.

Una de las actividades más movilizadoras fue la visita a Posadas del historiador y escritor Osvaldo Bayer, quien ofreció una charla-debate en la Facultad y accedió a una entrevista con *Desertores*, que luego fue editada y presentada en formato audiovisual a través de un dvd que acompañó el número aniversario de la revista.

El proyecto se vio interrumpido tras la sorpresiva partida de Jaquet hacia Buenos Aires a principios de 2009, junto a su amigo Diego Gesualdi, quien se había encargado del diseño gráfico de la revista.

Tiempo después, en 2010, en una entrevista para el diario Primera Edición, Héctor comentó en relación a *Desertores*: “comenzamos a percibir que el canal de expresión gráfica cumplió una función y quedó desbordado, aparecieron preocupaciones vinculadas a la fotografía y a lo audiovisual y no teníamos las herramientas para esto, era necesario capacitarse para hacer algo de calidad y decidimos ir a Buenos Aires”.

En 2012 se imprimió el número 8, presentado como de relanzamiento, pero que luego, lamentablemente, no pudo tener continuidad. En un texto escrito como parte de la promoción de esa publicación, Héctor destacó que en la primera etapa de *Desertores* (2006 a 2009): “La horizontalidad y la construcción colectivas fueron su marca más sobresaliente: escribían en igualdad de condiciones profesores, alumnos, investigadores, además de miembros de organizaciones sociales. La voz de *Deser-*







tores comenzó a ser la voz de los que se oponían al status quo, de los que querían denunciar las injusticias, las corrupciones y los silencios. No por ello dejó de atender problemáticas teóricas y académicas a lo largo de su corta pero intensa existencia”.

Y valoró que la revista “no sólo fue un proyecto editorial, sino que participó de numerosos acontecimientos y movimientos sociales que la transformaron en un referente por su independencia, compromiso y criticidad”.

## Documentalista

En 2008 Héctor comenzó una nueva etapa en su vida. Se trasladó a la ciudad de Buenos Aires para realizar sus estudios de Doctorado en el IDAES-UNSAM y, al mismo tiempo, inició su formación en el área cinematográfica. En una entrevista con UNaM Transmedia<sup>3</sup> realizada en mayo de 2017, comentó:

“Ya de grande, cuando terminé mi formación docente, mis investigaciones, hice toda una carrera, a los treinta y nueve años hice un click y dije: ‘Bueno ahora voy a hacer lo que siempre quise hacer y nunca pude’. Después de crisis personales que uno tiene en la vida. Y entonces me despojé de todo, regalé mis tres mil libros, mis muebles y mis cosas y me fui a Buenos Aires como se iría un adolescente de dieciocho años cuando termina la secundaria a una aventura. Nada más que lo hice a los cuarenta. Y comencé de nuevo. Y ahí aparece el cine como ese espacio nuevo de descubrimiento y de aprendizaje, que me colocó en situación de aprender nuevamente”.

<sup>3</sup> Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=gyX2Nc-OYgE>

Su entusiasmo por el cine fue tal que entre 2008 y 2011 asistió a más de treinta cursos, seminarios especiales y capacitaciones en diversas instituciones: Centro de Formación Profesional del Sindicato de la Industria Cinematográfica Argentina (CFP-SICA), Teatro General San Martín, Centro Cultural de la Cooperación, Centro Cultural Ricardo Rojas, y la Escuela de Crítica Cinematográfica de El Amante Cine.

Por esos años completó la carrera de Documentalista en el CFP-SICA (Buenos Aires, 2009) y obtuvo el aval de Realizador Integral de Películas Documentales, de parte del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA, Buenos Aires, 2011).

Luego de algunos años de estudio en Buenos Aires, entre 2010 y 2020 Héctor se dedicó de lleno a la actividad audiovisual. Se sintió especialmente interpelado por el género documental y sus abordajes metodológicos y narrativos tuvieron una impronta histórica-antropológica. La mayor parte de su obra se enmarcó en el llamado cine de memoria.

Como realizador audiovisual escribió y dirigió seis documentales: *Universitarios* (2011), *Barbacú* (2014), *La pasión de Anita* (2015), *Cerro Corá* (2016), *Lele* (2018) y *Mujeres de este mundo* (2020). Además, dirigió el cortometraje documental *Marcelo Ferreira, artesano* (2013); fue guionista del largometraje de ficción *Los Vagos* (2014), dirigido por Gustavo Biazzi, y también director de registro testimonial del documental *Gallo fino*, de Sebastián Korol.

En esta faceta cinematográfica exploró e incorporó a su tarea de docente e investigador nuevas herramientas educativas por medio del lenguaje audiovisual. En ese sentido, sus prácticas como documentalista podrían inscribirse en el campo de la comunicación/educación. En la mencionada entrevista con UNaM Transmedia comentó:

“Si vos me pedís una definición, para ubicarme como algo, yo me defino como docente. Mi pasión es enseñar y estudié eso y traté de mejorar mi trabajo en ese sentido. Y de trabajar con los jóvenes, con los adultos. O sea: la tarea de enseñar es la que más me apasiona. Me di cuenta de que, para poder enseñar, cuanto más abierta sea mi mirada, cuanto más posibilidades tenga de incorporar conocimientos y experiencias y pensar siempre en los otros, mejores herramientas iba yo cosechando para esa tarea. Y en ese sentido yo empecé a estudiar un montón de cosas. Pero con el objetivo de poder mejorar mi tarea de enseñanza”.

Como realizador audiovisual Héctor ponía énfasis tanto en el proceso de trabajo (en las etapas de pre-producción y rodaje) como en la instancia de recepción. Buscaba permanentemente el ida y vuelta, la retroalimentación con quienes habían sido parte de las películas y, luego, con el público espectador, priorizando siempre la dimensión humana y vincular.

En 2018, en el marco de las capacitaciones a talleristas del programa Cine Joven Comunitario, del Instituto de Artes Audiovisuales de Misiones (IAAViM), Héctor brindó un taller sobre “Cine documental y memoria de los pueblos”<sup>4</sup>. En ese marco, expresó:

“Es muy importante para el documental, más allá de la experticia técnica, de que tenga buen sonido, de los encuadres, de un buen plan de producción, de saber con qué recursos... Todas esas cosas son muy muy importantes, son decisiones que hay que tomar. Pero, es tan importante como eso (no digo más, pero es tan importante como eso), que se piense qué es un documental, para qué hago un documental. Pensar: ¿Por qué el documental? ¿Por qué no un

<sup>4</sup> El taller se realizó el 21 de abril de 2018 en Posadas, Misiones. Registro en audio de Sebastián Korol.



UM  
Universidad de Misiones



libro? ¿Por qué no una ficción? ¿Por qué no una poesía? ¿Por qué no, nada? O sea, ¿Qué es un documental? ¿Por qué el documental nos importa a nosotros en este momento histórico? (...) Entonces, más allá de la cuestión técnica, hay algo que está por fuera de eso y tiene que ver con estas preguntas, que son más generales, más humanas que técnicas o procedimentales. Es importante que ustedes tengan preguntas, como personas, como seres humanos. Preguntas por las cuales se vinculan. Porque sino se instrumentaliza demasiado. Y el resultado instrumental del documental impide que se vea la esencia: la esencia del documental, la esencia de la experiencia. Porque sino: sí, hicieron el documental, está ahí. Puede estar estética y técnicamente bien (o no). Pero, digo: ¿Qué es lo que está transmitiendo? ¿Qué es lo que está dejando de la experiencia vivida como experiencia transformada? Porque después de hacer el documental no podemos ser los mismos”.

## La Rivada

A fines de 2013 se presentó en Posadas *La Rivada*, la nueva revista de la Secretaría de Investigación y Posgrado de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Nuevamente Héctor intervenía como uno de los coordinadores del proyecto, que venía a ocupar el lugar de la anterior publicación oficial de la institución: *Estudios Regionales*.

En la primera editorial se explicaba que la propuesta surgía no sólo como un espacio para difundir los resultados del trabajo de los investigadores de la FHyCS-UNaM, sino que además buscaba constituirse, progresivamente, en un medio capaz de convocar a investigadores sociales de otras latitudes: “Asumimos el compromiso a mediados de este año, con la firme convicción de que el esfuerzo implicaba también una gran responsabilidad. Poco a poco fuimos tejiendo la trama de ideas y de actos que permitieron concretar el objetivo. Aunque procuramos un impulso creativo y renovado en la materialización del esfuerzo, *La Rivada* emerge también como un eslabón de trayectorias previas”, señalaban en referencia al antecedente de *Estudios Regionales*.

Para Héctor significaba, en cierta forma, completar el ciclo que había iniciado veintidós años atrás, en ese mismo ámbito, junto a su maestra “Lele”. Y asumía el desafío con visible alegría y orgullo.

Cuatro años después de su aparición, *La Rivada* celebraba un logro significativo: la categoría nivel 1 de revistas científicas Latindex-CAICYT. Era un momento oportu-







no para hacer un balance del proyecto y analizar el camino transitado. Al respecto, en la editorial del número 8 de la revista (julio 2017), Héctor manifestó que “la gestión editorial quizás sea una de las actividades más sustanciales del campo académico en la medida que permite la difusión y circulación de los conocimientos producidos por medio de la investigación científica. Las implicancias de esta tarea son incommensurables no sólo para el avance de la ciencia sino para la configuración de una comunidad científica de pares. Sin embargo, a pesar de la trascendencia que tiene la actividad editorial, aún constituye un espacio de trabajo poco reconocido y visibilizado”.

Y acotó: “Desde el año 2013, *La Rivada* viene construyendo un espacio de trabajo horizontal y colectivo con el objeto de hallar un lugar en el contexto de publicaciones científicas en ciencias sociales dentro del país y desde la Universidad Nacional de Misiones. Este camino se fue consolidando con el aporte de autores y evaluadores externos que solidariamente han colaborado para sostener la calidad de la publicación. Los editores hemos aprendido mucho en las alternativas de diálogo habilitadas en este derrotero: una revista que pretende lograr visibilidad, ser un referente en las diferentes formas en que el conocimiento científico puede difundirse, y poder brindar un espacio para temas y perspectivas diversas, emerge –paradójicamente- como producto del esfuerzo y compromiso del trabajo anónimo de los investigadores”.

## El método Jaquet

¿Cómo caracterizar al perfil comunicacional de Héctor Jaquet? Cada experiencia tuvo su propio contexto, dinámica, objetivos, destinatarios y ámbitos particulares de intervención. Y Héctor, a su vez, transitó un recorrido de búsquedas que, entre otras cosas, se fueron traduciendo en saberes, inquietudes y acciones comunicacionales.

No obstante ello, es posible identificar una serie de aptitudes y preocupaciones que estuvieron presentes en toda su trayectoria. El diálogo problematizador, el trabajo participativo horizontal y colectivo y la construcción afectiva del conocimiento fueron sus marcas personales. Y a eso se sumaba una ética rebelde y popular y un espíritu crítico, profundamente humanista y democrático.



UM  
Universidad Nacional de Misiones

# Héctor Jaquet

Por Roberto Abinzano

---

En este breve escrito voy a referirme a las actividades de docencia e investigación del Profesor Magister Héctor Jaquet, poniendo especial atención a aquellas que compartimos. Hacerlo en su totalidad excedería en mucho el espacio disponible.

Como este texto se publicará en la Revista La Rivada, deseo comenzar recordando que, la insistencia de Héctor para que yo ocupara su dirección fue lo que me llevó a aceptar, sabiendo que: el “alma mater” de la publicación iba a ser él, junto a los colegas que formaron un comité calificado y responsable. Creo que los indudables méritos de la publicación se deben en gran medida a sus iniciativas y su coordinación.

Este reconocimiento hacia mí por parte de Héctor, fue recíproco, ya que, luego de formar parte de mi equipo de investigación del ciclo “Hanuin” (Hacer nuestra la integración) le propuse que fuera el Co-director del proyecto y, a partir de ese momento, comenzamos a compartir todo lo relativo a dicho proyecto y a intercambiar ideas, logros, dificultades, producciones, etc., conservando cada uno las actividades propias de su interés específico.

En el caso de Héctor, ese interés se había volcado, en los últimos años, a la producción audiovisual como herramienta insustituible para múltiples propósitos, como la investigación de campo, el análisis de la información visual, la exposición “viva” del contacto con la realidad estudiada, la aplicación de los resultados a la docencia y la extensión, etc.

Como en este campo yo reunía antecedentes de tiempos en los que dicté cursos de “Realización cinematográfica”, “historia del cine” y “¿Cómo se hace una película?”, además de haber participado varios años en un programa radial titulado “A partir del cine”, la elección de Héctor de este camino me entusiasmó inmediatamente, porque el cine es el compendio de todos los lenguajes combinados y, por lo tanto, un medio de expresión de gran riqueza *para transmitir la experiencia del trabajo de campo antropológico*.

No quiero abundar en este punto porque los lectores saben perfectamente que el texto etnográfico clásico puede ser incluido en el lenguaje cinematográfico, pero siendo inmensamente enriquecido. Podemos leer algo sobre su película *La Pasión de Anita*, pero verla y escucharla en su medio es un salto cualitativo.

Esta posibilidad fue comprendida muy tempranamente por los primeros documentalistas que querían testimoniar sucesos históricos fundamentales. En el caso de Héctor, no se trataba solamente de construir un espejo de la realidad, por otra parte imposible, sino que sabía perfectamente que la “reflexividad” era fundamen-



UM  
Universidad de Mar del Plata

tal en todos los pasos que llevan desde la idea inicial hasta la obra concluida. Cada plano, cada secuencia, el montaje, el sonido, la música, el color, la iluminación, los movimientos de cámara, etc. son todos significantes de un lenguaje peculiar cuando una película pretende formar parte de un trabajo científico. Todo esto sin descuidar lo estético. Sabemos bien el placer que proporciona un texto científico bien escrito. Intercambiamos muchas ideas sobre las posibilidades del cine antropológico. Quedé en deuda con él por no haberle conseguido la famosa obra rusa *Los caballos de fuego*. Un ejemplo magistral de cine documental con una estética impecable.

Por mi parte, yo socializaba con Héctor los textos que iba elaborando sobre la Región de Frontera. Como mi definición de *región de frontera* poseía cierta complejidad, Héctor fue fundamental para ayudarme a “pasar en limpio” concepciones que eran a veces embrionarias y que, a partir del diálogo, iban adquiriendo mayor nitidez. La región es, entre otras cosas, una construcción formal y lógica, basada en procesos y estructuras reales que se articulan de manera singular en un territorio delimitado por las prácticas individuales y colectivas de los agentes sociales. De manera que *uno de los componentes fundamentales de esta construcción es su historia*. Y es aquí donde los estudios de Héctor sobre la *historiografía de Misiones* fueron centrales como una clave para su problematización.

Sus críticas a la historiografía establecida y prestigiada le acarrearón numerosas situaciones de rechazo y cierta marginación que fueron más allá del debate académico al terreno personal. Afortunadamente, Héctor no retrocedió y publicó un segundo libro para ratificar su perspectiva histórico-crítica basada en una sólida capacidad investigativa.

Moldeado en el Instituto de Estudios Histórico Culturales había adquirido una formación rigurosa, apegada a los documentos; los testimonios fiables; las categorías teóricas debidamente sustentadas; etc.; a lo que luego añadió su formación antropológico-social y cultural en la maestría correspondiente. Volveré sobre este tema.

En cuanto a la *docencia*, creo que, en mi larga carrera de varias décadas, nunca trabajé con alguien tan carismático frente al alumnado. Compartimos diversos cursos de postítulo y postgrado y, en algunos casos, de especializaciones. Habíamos armado un equipo en el que nos distribuíamos las tareas: las exposiciones teóricas y generales estaban a mi cargo y las actividades prácticas y los debates a cargo de Héctor.

Quizá suene muy anecdótico, pero voy a recordar un ejemplo de esta habilidad adquirida durante años en el Área Pedagógica que él poseía. En cierta oportunidad dictamos un curso de postítulo de historia en una universidad del litoral. Prefiero prescindir de detalles. El tema eran los estudios regionales. Los asistentes eran muy numerosos. Rápidamente advertimos que era un grupo muy heterogéneo con expectativas y convicciones muy diversas. Eso nos permitió pulsar inmediatamente cuál era la actitud hacia nosotros y nuestras propuestas.

Había un grupo de mayor formación representado por los docentes que estaban trabajando en la universidad, y que de alguna forma oficiaban como anfitriones. Luego, un grupo de estudiantes muy atentos y compenetrados, mayormente emparentados con miembros de gendarmería, institución de mucho peso en esa frontera. En el fondo del aula, un conjunto de personas más jóvenes que cuestionaban todo y, finalmente, ocupando el centro del espacio, una mayoría menos activa y participante. Los diálogos que se suscitaban eran muy diferentes según los grupos. Al comenzar el dictado hicimos una encuesta sobre conocimientos sobre esa provincia: geográficos, históricos, económicos, sociales, culturales, políticos, étnicos, etc.



UM  
Universidad de Misiones



Siempre, en todos los lugares, esa encuesta era muy útil para conocer la base de la cual partir. Lo que nos sorprendió fue la deficiencia demostrada en los cuatro grupos, salvo algunas excepciones. Esa falta de conocimientos elementales se hizo evidente, también, en todas las encuestas similares de todas las universidades donde dictamos el mismo curso.

La realización de la encuesta, una herramienta didáctica que confeccionamos con mucho detalle y cuidado para que nadie se sintiera incómodo al reconocer sus carencias, facilitó la adecuación de los contenidos de las clases teóricas que se dictaban en primer lugar. Las clases duraban muchas horas, aproximadamente 8 horas entre la mañana y la tarde. En los intervalos fuimos interactuando con los cuatro grupos y poco a poco el clima fue cambiando. Pero, en realidad, lo que funcionó como una argamasa efectiva fueron las clases prácticas de Héctor.

Lo recuerdo parado en un banco para que lo vieran todos, o dibujando esquemas en el pizarrón, explicados con una claridad y un entusiasmo que poco a poco fueron contagiando a los alumnos; a tal punto que comenzaron a llegarnos invitaciones para alternar socialmente fuera de la universidad.

Héctor era un docente de “raza”, con una muy buena formación específica, adquirida en el Área Pedagógica de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. El logro en este curso, que elegí como ejemplo, fue en gran parte posible por su capacidad de organizar debates entre personas diferentes en numerosos aspectos y dejar satisfechos a casi todos. La prueba más clara fue la invitación a regresar, luego de haber finalizado el curso, que Héctor recibió para asesorar sobre monografías, tesis, redacción de informes de investigación, etc.

En una oportunidad viajamos juntos a España por un convenio con la Universidad Complutense, junto a su inseparable amiga y excelente docente también, Katy Schvorer. En medio de las tareas académicas que debíamos cumplir, pudimos “escaparnos” hasta el Escorial y fuimos a recorrer Ávila y sus mágicas murallas. Viajar con ellos era un permanente diálogo sobre el arte, la historia, las costumbres y, sobre todo, una comparación entre las universidades y los docentes de cada país. Para ellos, que iban en calidad de alumnos, ese aprendizaje fue muy interesante. Comprobaron que bien podrían haber estado “del otro lado del mostrador”, no por deficiencia de los docentes anfitriones, sino por las capacidades excepcionales de ellos mismos.

De toda su producción quiero rescatar, como epílogo de esta breve exégesis, la importancia de dos de sus obras:

*Haciendo Historia en la Aldea, Misiones 1996*. Posadas, El Autor, 2002; y *En Otra Historia: nuevos diálogos entre historiadores y educadores en torno a la construcción y enseñanza de la historia de Misiones, para docentes de la EGB y Polimodal*. Posadas, Edunam, 2001, obra destinada a los docentes de la E.G.B y el sistema polimodal.

La primera de ellas, como dije anteriormente, es un análisis crítico de la historiografía producida en la región o bien, sobre la región, pero muy similar a la anterior en sus bases metodológicas y epistemológicas. Este libro es, sin dudas, el primero en su género como iniciador de una línea crítica y, hasta hoy, no ha sido superado, salvo en algunos temas muy específicos y menores, por artículos o ponencias en congresos o eventos similares.

La segunda obra, aparece como el “manual” ideal para que los docentes posean un bagaje sólido y actualizado sobre contenidos debidamente sustentados en una histo-



UM  
Universidad de Misiones

riografía moderna, imbuida de categorías y modelos socio-antropológicos, económicos, políticos y geográficos.

Lamentablemente, los informes técnicos de nuestros proyectos de investigación no fueron todavía publicados en su integridad y se hallan dispersos en un sinnúmero de textos destinados a diferentes fines. Pero en ellos, aparecen los aportes de Héctor Jaquet. Y tal como dice el refrán árabe: “un león es el producto de muchos corderos digeridos” y en toda obra colectiva están los aportes de cada uno. Los de Héctor fueron fundamentales.



# Avío del Alma

Por Facundo Millán y Santiago Sburlatti

---

*Le hablo de esas ganas de brindarse a todos,  
del corazón grande, valiente y capaz,  
de jugarse entero y encontrar el modo  
de salir a flote en la adversidad.  
Le hablo de esa mano tendida y abierta,  
con el gesto antiguo de la caridad,  
mano de chamigo que se da sin vueltas,  
del que abre la puerta y ofrece su pan...*

(Julián Zini)

Antes de la palabra, sucede la imperceptible inflexión de la voz que curva el aire entre los cuerpos. Una sorda vibración que recorre la distancia y predispone los gestos, anuncia la sonrisa, el abrazo y todo lo que será dicho y callado.

Héctor habita en ese territorio de un eco imperturbable, de un tono inconfundible que, al evocarlo, adquiere una materialidad infinita que se extiende y recorre todos los momentos compartidos.

Si la añoranza no puede ser nunca reducida al pasado, si no puede agotarse en el puro recuerdo, entonces nos toca pensar, hoy con vos, qué significa añorarte en este presente continuo en el que empezamos una conversación que no deja de actualizarse. Porque esta charla aún no termina, porque nos vemos otra vez en una cena de calles porteñas, discutiendo de política con el fragor y entusiasmo que sólo la amistad y las convicciones permiten. Porque estamos otra vez, riéndonos mientras celebramos la vida, el azar que nos hizo encontrarnos, el descubrimiento de no estar solos.

Toda buena historia tiene siempre una cuota de fortuna y de misterio (también de comedia). Claro que lo sabes bien, enorme constructor de relatos ya inmortales. ¿Cómo encontrar el tono exacto que le haga justicia a tu inimitable semblante de aventurero melancólico? ¿Cómo recorrer nuevamente esos caminos que cargaban la tierra colorada en la suela de los zapatos, dejando su huella en el asfalto inmovible de la ciudad? Porque esta historia, un sendero entre tantos en tu vida, se fue tramando en el arroyo ilusionado por reinventarte desde la certeza de aquello que nunca cesa de persistir.



UM  
Universidad de Mar del Plata



Y en ese lugar comenzó todo: en tu presencia como una convicción, una persistencia ineludible y a la vez ansiosa por absorberlo todo. Tu voz irrumpiendo en una clase de un seminario azaroso y predestinado, nudo en el que se entrelazan todas las memorias. Tu voz y tus palabras, de pronto, tramando una red invisible de hilos infinitos alrededor de cada uno de tus gestos. Y en esa urdimbre todos nosotros, sin saberlo, un montón de desconocidos que encuentra en vos la excusa; no, el fundamento para reinventar la vida, descubrir la amistad, celebrar muertos de la risa con cada anécdota que vas compartiendo entre tu desparpajo y tu coraje.

¿Cómo se nombra aquello que resulta intraducible? ¿Cómo se rodea de palabras y sentidos un afecto, un corazón al descubierto, un modo de vida inalcanzable e inabarcable, pero a la vez faro constante en estas noches en las que seguimos navegando los ríos que abriste para nuevas aventuras?

Quien nombra, llama. Nombrarte, para nosotros, es una convocatoria tan recurrente como necesaria a la senda emocional que surcaste con tu presencia. Un llamado permanente ahí donde habitás como un amigo, como un hermano, que nos acompaña todos los días.

Podríamos recordar acontecimientos que vivimos juntos. El día que cenamos en tal lugar. El viaje que hicimos juntos a tal otro. Como el biógrafo que rescata hechos y construye un personaje sobre una selección de instantes fugaces. Pero eso nos ubicaría en el pasado. No es la idea dejarte en un pasado que ya quedó atrás. Tal vez sea más justo nombrarte desde las formas. En esas formas que dejan una impronta, que hablan del modo en que viviste tu vida y de cómo la experiencia compartida marcó la nuestra.

En tus formas, Héctor, inevitable proyectar las imágenes corporales de tus emociones tan extremas como sencillas, la entrega en el contacto físico, en la piel, en el tono de la voz como una experiencia plena de estar con nosotros, siempre entre nosotros. Cómo no arrancar ese camino de lo sensitivo por la risa achinada y extensa, la carcajada que te descogotaba hacia atrás y el remate con una palmada en el hombro o un abrazo. La afectividad en cada movimiento y en cada palabra, aún en las más filosas de tus palabras que nunca faltaban. Como un compromiso irrenunciable con la expresión de la felicidad que te generaba la juntada, el intercambio. Ese puro estar “entre”, esa circularidad infinita que ibas tejiendo a fuerza de tu empedernida vocación de cebador de mates.

En esa sensibilidad extrema, la persistente empatía para transitar la amistad. Siempre mirando a través de los ojos del otro. Un ejercicio que te colocaba, inclusive, fuera de vos mismo. Mirabas por todos nosotros, por cada uno, y te ocupabas, acompañabas, tirabas del carro a la par. Guardabas registro de nuestras emociones, nuestras experiencias, y luego preguntabas, indagabas, nos hacías sentir que en vos teníamos un amigo con el oído abierto y la palabra necesaria.

Desde tu horizontalidad, tu empatía, tus sentimientos a flor de piel también pudimos comprender cómo y por qué te sublevaba la injusticia. En los vínculos personales, en el amor, en el trabajo, en un sistema de vida que no podías concebir tan deshumanizado y deshumanizante. Sin cálculos, sin especulaciones, te rebelabas ante la injusticia con la inevitable certeza incluso de perder espacios, afectos, lugares, títulos con nombres propios y notas al pie grandilocuentes que habilitaban el acceso a mundos de reconocimiento. La furia estallando en tus ojos frente a las injusticias. Te hemos visto renunciar a lo que muchos y muchas se hubieran aferrado como una



UM  
Universidad de Mar del Plata

gran oportunidad, como un camino seguro, al precio de dejar a los otros y las otras en el camino. Pero vos no podías, Héctor. Nunca dejabas de ser Héctor al frente de una clase, en una reunión de amigos, en una entrevista de trabajo, en el armado de una revista, en la dirección de un documental. Nada ni nadie pudo desdibujar tu esencia.

Siempre dispuesto a levantar el ancla. Nada de apagar tu llama inquieta detrás de un escritorio o dormirte en un laurel que no merecieras. Y cuando llegaban los reconocimientos formales, esos que tanto merecías y que no siempre abundaban, renegabas de ese lugar de exposición, porque te resultaba obsceno que te distinguieran por encima de los demás. Querías que tu nombre apareciera en letras pequeñas en tus documentales, que casi pasara desapercibido, que las luces y los planos fueran para esos personajes que constantemente anhelabas rescatar del olvido o la indiferencia. Pero también sabías firmar con letras inocultables cuando tu nombre se erigía en un bastión que soportaba todos los golpes, protegiendo todo lo que querías. Por eso, muchas veces intentamos pensar la pregunta que te recorría para hacerlo de ese modo: ¿Qué eras vos sino un poco de todos los demás, un poco de todos nosotros? Tal vez tu premio mayor era el mérito de vivir tus logros junto a otros y que tu vida, de algún modo, cambie un poco la de los demás.

En ese apego con la felicidad ajena se dibujaba también una relación sarcástica con la materialidad de las cosas. Siempre con el mango justo. No porque te faltara, sino porque tu dinero se invertía una y mil veces en proyectos generosos que visibilizaban aquellas injusticias que te movilizaban. El “para todos, todo” que alguien pronunció alguna vez y que vos lo practicabas en cada uno de tus proyectos. Y lo que quedaba, si quedaba, lo ponías en común para vernos reunidos, para tomar un vino más y que las risas y las charlas no terminaran. Compartir un rato más para contarnos, apasionado, cómo iba la filmación, el programa de radio con tus pibes o los cursos en la Universidad. Y con lo puesto volver a tu casa en colectivo, de madrugada, esperando en la parada de alguna avenida porteña.

Y de esos encuentros, cuanto contabas tus experiencias, resuena todavía el tono quijotesco presente en tus relatos. Pero tus cruzadas no eran ilusorias, como las del Quijote. Los gigantes con los que te enfrentabas eran reales: instituciones, burocracias, subordinaciones absurdas, mucha “normalidad”. Mantener tu esencia era, de por sí, ir contra la corriente, contra esos gigantes que te convocaban a la adaptación, a una vida pasiva, sin desafíos, sin incomodar. La tentación de dejarse llevar por los circuitos tan rápidos como solitarios de un éxito que, por supuesto, nunca podías sentir como propio. Sabemos, muchos de nosotros, cómo te sobre pusiste a ese camino para construir tu propia senda. Esa a la que nos invitabas a compartir y construir juntos, todo el tiempo.

Nos domesticabas, Héctor, sin darte cuenta. Nos mostrabas una forma de andar. Si hoy te nombramos y te llamamos en nuestras conversaciones es por el cariño incommensurable que dejaste en nosotros y por esa huella de vivir con dignidad y coherencia. Y cuando te nombramos en nuestros pensamientos intentamos, por ahí sin darnos cuenta del todo, transitar lo cotidiano como si camináramos con tus zapatos, con tus experiencias de “tipo del interior” que no renegaba de absolutamente nada de lo que traía en su mochila. Nos pensamos, de vez en cuando, mirando a través de tus lentes. Esos lentes tan poco a la moda, pero tan calibrados con la realidad.

Por eso, lo que regresa una y otra vez es ese tono apasionado, desorbitante, añorado, de tu voz. Ese *decir* casi siempre exagerado, pero a la vez sumamente ajustado y



UM  
Universidad de Mar del Plata

preciso, en el que las palabras nunca sobran y todas se ponen al servicio de narrar una buena historia, de emocionar hasta las lágrimas y la risotada interminable. Así nos conocimos, amigo. En la complicidad de los gestos compartidos, en las coincidencias azarosas, en las diferencias necesarias y en tantas comidas que disfrutamos hacer para vos. En la admiración que rápidamente empezamos a sentir por tu sabiduría y tu coraje, pero que todo el tiempo acallabas y desviabas con la vergüenza que sólo alguien que jamás pensó en su gloria personal puede tener. Porque ante la solemnidad de cualquier elogio, echabas mano de alguna anécdota disparatada que permitiera, en el exceso y la carcajada, fugarte de los homenajes marmóreos y habitar un simple recuerdo de tardes de infancia. Porque allí habita una parte de tu verdad: la de un niño que, para convertirse en adulto, jamás renunció a la sensibilidad necesaria para conmoverse ante la existencia de los otros.

Hoy, todo lo que pensamos, sentimos y podríamos decir acerca de tus virtudes como historiador, como investigador, como docente, como cineasta, seguramente muchos podrán expresarlo mejor que nosotros. Pero somos conscientes de que fuimos afortunados de haber sido testigos de un pedacito de cada una de esas facetas, que incansablemente seguías explorando en la ciudad que nos reunió. Sin especular, sin claudicaciones, soportando todos los vientos que vinieron de frente y nunca pudieron torcerse.

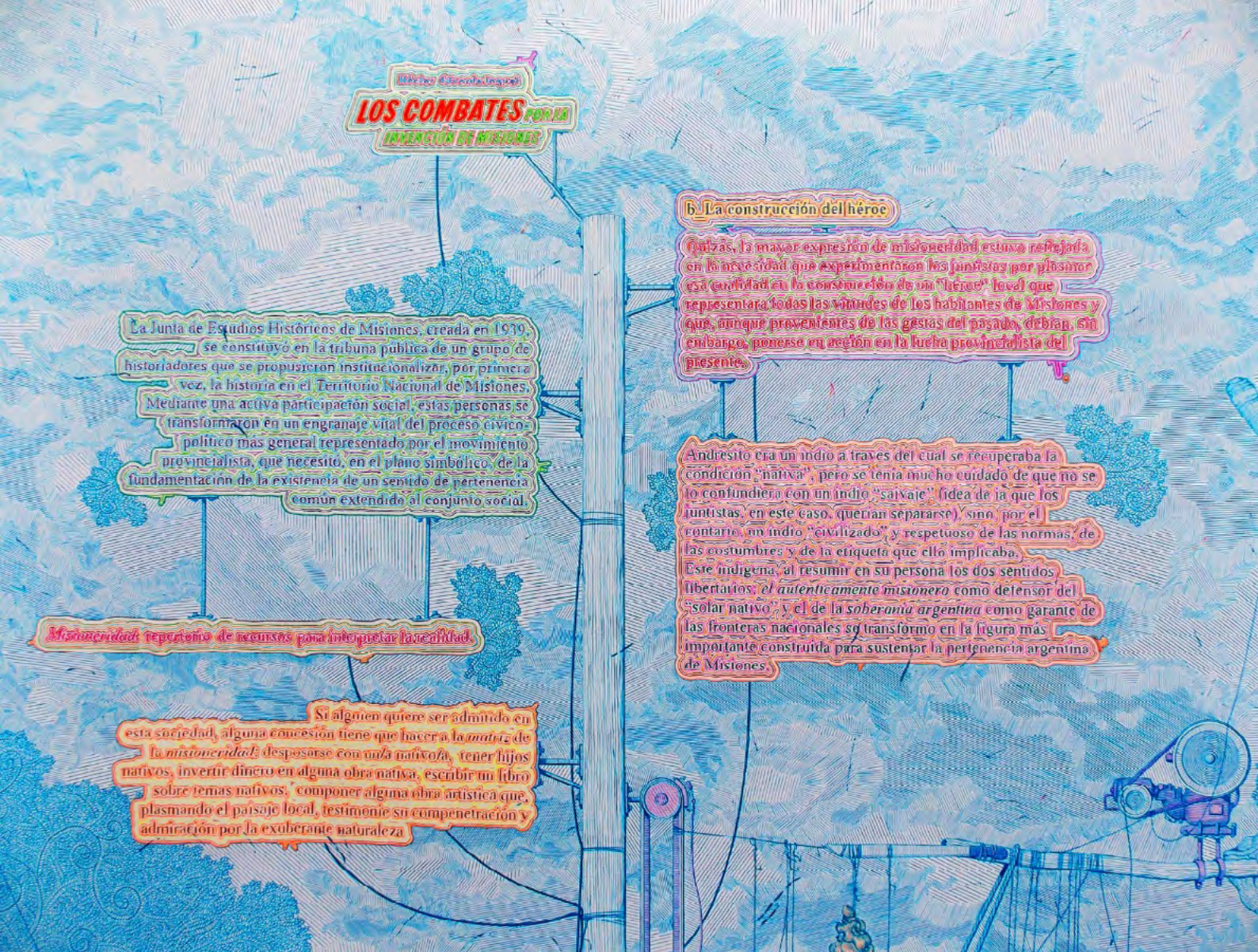
Y por eso estamos seguros que desde todo lo que sos, nos fuiste enseñando tanto, casi sin querer, pero fiel a esa vocación imperturbable que te acompañó desde que te deslumbraste con los libros en tu juventud, con los mundos que se abrían a tu paso, con la vida posible que anhelabas construir todos los días. Siempre fuiste nuestro mejor amigo, pero todo el tiempo también, nuestro maestro elegido.

Por eso, Héctor, ¿cómo encontrar el tono apropiado para evocarte, si ni siquiera sabemos cómo conjugar los verbos para narrar la maravillosa coincidencia de compartir una parte de tu camino? Tal vez, sólo podamos aspirar a que al buscar en nuestra memoria esas resonancias de los ecos de tu voz, de tu inconfundible y contagiosa risa, de las palabras sucediéndose como el cauce de un río, esa vibración imperceptible del aire que anticipa tu presencia, se quede en nosotros para siempre como una certeza, como una coherencia, como una charla y un abrazo que todavía esperan la próxima juntada.



UM





# Imaginación Política

Por Mauro Koliva

Tengo la sensación de que cuando se establecía una amistad con Héctor se formaba al mismo tiempo una especie de alianza afectiva y también ética. Siempre estaba en alguna empresa colectiva, y si uno se hacía amigo suyo casi inevitablemente, se sumaba a alguna de sus causas. Y esto sucedía no tanto por la valoración moral o práctica que uno pudiera hacer de sus actividades, o la novedad conveniente que introducían –cualidad que estaba en mayor o menor medida en cada una de las cosas en las que estaba implicado– sino fundamentalmente por su enorme capacidad y fuerza para entusiasmar a las personas. Tenía una vitalidad expansiva y alegre que de muchas maneras contagiaba el deseo de hacer algo, de unirse a otros para inventar algo que abriera un problema común para pensar, para tener que producir un pensamiento sobre eso.



La primera vez que escuché su nombre fue en 2004 en Oberá a través de Francisco Ali-Brouchoud, quien en ese momento era profesor de la Facultad de Artes donde yo cursaba la etapa final de la carrera de Artes Plásticas. Además de docente, Francisco era editor de *Primera Edición*, uno de los dos periódicos más importantes de la provincia, así que mucho de lo que sucedía fuera del circuito de la facultad nos enterábamos a través suyo. En Oberá, con varios amigos y compañeros, desde hacía unos años estábamos agitando de diferentes maneras a la institución para crear un “Centro de Arte Contemporáneo” y paralelamente –y fundamentalmente– cambiar el plan de la carrera, que además de obsoleto nos parecía escolar. Casi sin recursos, pero con mucha energía, habíamos logrado movilizar a una parte muy importante de los estudiantes y conseguimos llevar nuestros cuestionamientos y planes hasta las instancias administrativas más altas. El clima institucional era tenso e intenso. Y hay que decir también que ese estado de agitación era un fenómeno que excedía la Facultad de Artes, la ciudad de Oberá o Posadas e incluso la provincia.

En ese contexto de deliberación generalizada nos enteramos de la publicación de *Los Combates por la invención de Misiones* y de ese día recuerdo una imagen sonora vaga e impersonal pero potente: “alguien de la facultad de Humanidades pateó el tablero publicando una investigación donde desmonta toda esta farsa”. Creíamos comprender de algún modo que las caretas se estaban cayendo por efecto de una fuerza vital que estaba en el aire de la época, y nosotros nos sentíamos parte de esa fuerza. En muy poco tiempo nos daríamos cuenta de que estábamos equivocados, pero ese día hubo bromas, entusiasmo, análisis optimistas y risas triunfales. Sin embargo, como digo, poco tiempo después, a finales del año siguiente, no quedaban ni los ecos de esas risas triunfales.

2005 fue prácticamente el último año de actividad colectiva más o menos coordinada de aquel grupo que la casualidad y el azar juntó en Oberá algunos años antes. Entrado el 2006, mi vida –y la de la mayoría de mis camaradas– era casi por completo otra cosa. Me desentendí de todo lo que habíamos intentado hacer en Oberá y me quedé con la sensación –que el tiempo no hizo más que reforzar– de que el medio académico nos había vencido, aplicando una indiferencia meticulosa y paciente. Eso de dejarnos hacer hasta el agotamiento, sin restricciones, pero sin la más mínima posibilidad de introducir algo nuevo, funcionó y llegamos casi al final de la carrera teniendo cada cual que resolver su vida concreta. Después de varios años de quemarnos en la gestión cultural, de a poco se iba cerrando un tiempo que hoy veo como extraordinario. Años en los que pasaron muchas cosas increíblemente interesantes en el campo de las artes visuales en Misiones y en los que había mucha gente implicada, gestionando proyectos colectivos de mucha densidad. Y creo que *Los Combates...* tuvo y tiene una enorme resonancia con los intentos de cuestionar y expandir los imaginarios de la producción artística local que se hicieron por aquellos años, desde fines de los años ‘90 hasta mediados del 2000. Incluso me atrevería a decir que se lo puede entender como un estudio sobre la transversalidad de ciertas imágenes y el modo sumamente complejo en el que se compusieron e impusieron como imaginario a todo el campo social.

En 2006 lo conocí personalmente a Héctor a través de Diego Gesualdi, que estaba trabajando junto a él en una revista de historia que se llamaba *Desertores*. Nos habían invitado a mí y un par de amigos a participar con algunas obras para la revista. Era una persona sumamente amable, inquieta y con mucho sentido del humor, lo que

me produjo un efecto de cercanía inmediata, y aunque ahora tal vez me cueste entenderlo, tardé varios años en ligar la figura de esa persona que yo conocí una tarde en el patio del MAC-UNaM en Posadas, con aquél personaje casi mítico que había armado una revuelta solo y del cual yo supe unos años antes a través de Francisco.

A principios de 2007 me fui a vivir a Buenos Aires y promediando el 2009 nos volvimos a encontrar allá con Héctor y Diego, que para ese momento ya eran un equipo muy sólido y estaban estudiando cine.

De manera que recién en una cena en Buenos Aires, en la que nos sentamos a charlar y nos contamos un poco nuestras historias, me di cuenta de que él era aquél “alguien de la facultad de Humanidades que había pateado el tablero publicando una investigación donde desmontaba toda aquella farsa”. Me estalló la cabeza. La discreción a prueba de toda estupidez que tenía Héctor y mi proverbial despiste chocaron ahí, en mi propia cara. Hablamos horas y mi emoción habrá sido tal que en un momento se paró, buscó en una pequeña biblioteca y me regaló el último ejemplar que le quedaba de *Los Combates por la invención de Misiones*. Un ladrillo verde, curtido y con una foto de Andrés Guacurarí en la tapa. Pocas cosas leí en mi vida con tanta intensidad y con tanta dedicación... palabra por palabra y párrafo por párrafo... Todo el resto de ese año creo que no hice otra cosa, leí y releí, subrayé, marqué y dibujé todo el libro... Al tiempo fui comprendiendo con mayor profundidad sus pensamiento y lo que eso implicaba. Fui entendiendo más claramente la razón por la que fue tan atacado y desde ese momento creo que comenzó entre nosotros un diálogo permanente y afectivo que duró para siempre. Y simultáneamente, todo ese bloque de emociones y revelaciones se enlazaba en mí con el deseo que siempre tuve de ilustrar un libro. No cualquier libro ni de cualquier forma, y si bien durante la adolescencia había hecho algunas pruebas fallidas con algunas novelas, mi ambición era ilustrar un libro de filosofía. *Mil Mesetas*, de Deleuze y Guattari, o *La gaya ciencia* de Nietzsche por ejemplo, cosas pesadas. Pero cuando empecé a leer *Los Combates por la invención de Misiones* me di cuenta de que ese era el texto con el que yo quería asociarme. Al tiempo de aquella cena le escribí a Héctor y le dije que quería hacer algunos dibujos tomando pasajes del libro. Me respondió que le parecía bien y que tenía total libertad para hacer lo que quisiera.

Así comencé un proceso de dibujo muy intenso que duró varios años, desde 2009 hasta 2014, que pasó por varias etapas y tipos de dibujos y que gradualmente le fui compartiendo por e-mails a los que siempre respondía con enorme generosidad. Incluso muchas veces yo le enviaba un texto larguísimo en el que le contaba apreciaciones bastante abstractas sobre el sentido de la práctica artística, sin imágenes ni nada, y sin referencias directas al texto, y él se lanzaba a contextualizar esas ideas mías con su libro y lo hacía de manera brillante, lo que a mí me demostraba una y otra vez que era un gran maestro, que conocía su propio trabajo como nadie y además era capaz de observarlo desde muchos ángulos. Esos intercambios que tuvimos durante esos años son cosas que atesoro muchísimo, porque aprendí mucho sobre el arte, sobre la vida y sobre el valor de la libertad. Sobre lo difícil y riesgoso que puede ser crear una obra, sobre cómo la propia vida pasa a través de las obras de muchas maneras y a partir de ahí, paradójicamente, uno se despoja un poco de sí mismo y se vuelve más colectivo; pero sobre todo sentí la enorme felicidad que produce un acto de libertad en la imaginación, la conquista de un grado –mínimo– de libertad en la imaginación. Y justamente, intentando asociarme a esa obra, me di cuenta de que lo que compartíamos de





fondo y lo que había que explorar y hacer visible de la manera más directa posible era esa voluntad de libertad que unía todos nuestros elementos. Libertad en la imaginación artística y libertad en la imaginación política. Los dibujos tenían que mostrar en paralelo y simultáneamente esas dos dimensiones. No señalar desde fuera, ni remitir o subordinar una cosa a la otra, sino expandirlas en paralelo, abrir las resonancias que emergen cuando se las aproxima, liberar la potencia de las palabras en y a través de la imagen y expandir la fuerza de las imágenes en y a través de las palabras. De pocas obras me siento tan orgulloso como de los últimos dibujos que hice vinculados a *Los combates...* y considero que es el único trabajo que hice en colaboración con otra persona hasta el día de hoy.

(...) Si alguien quiere ser admitido en esta sociedad, alguna concesión tiene que hacer a la matriz de la misioneridad: desposarse con un/a nativo/a, tener hijos nativos, invertir dinero en alguna obra nativa, escribir un libro sobre temas nativos, componer alguna obra artística que, plasmando el paisaje local, testimonie su compenetración y admiración por la exuberante naturaleza (...) (2005:74)

En 2014 hice una muestra en el Centro Cultural Recoleta que incluía, entre otros trabajos, dos dibujos de la serie de *Los combates...* La muestra se llamó *Territorio Ontológico Policial* y se trató en gran medida de un secreto homenaje a su obra. El título refería crípticamente al modo de operar del Misionerismo como “Policía Ontológica”, según la increíblemente lúcida descripción que hizo Héctor. La sensación de no ser, la angustia de no ser, de no llegar a ser reconocido por la Matriz, de no coincidir con ella, tiene su explicación como efecto ante la presión que ejerce esa mecánica al interior de las personas. Es esa policía la que establece, en una especie de aduana mental, “quiénes pasan y quiénes no”, “quiénes son los misioneros y quiénes no”, “quiénes son lo suficientemente misioneros y quiénes no”.

Pocos días antes de inaugurar la exposición le escribí, para comentarle que iba a mostrar esos dibujos y que de cierta forma toda esa movida tenía que ver con él. Me dijo que lamentablemente estaba en Rosario, en un Congreso, y que no iba a poder ir. Amablemente como siempre me agradeció el gesto y me deseó suerte. Pero a los días me volvió a escribir para contarme una cosa muy loca que muestra el carácter que tenía y por el que era capaz de hacer cosas extraordinarias y a la vez discretas. Me dijo que se estaba volviendo de Rosario a Posadas, pero lo que iba a hacer –lo había decidido sobre la marcha– era desviarse hasta Buenos Aires, bajarse en Retiro y caminar hasta Recoleta para ver la muestra. Ahora, entre bajar del bondi que lo traía de Rosario y tomarse el siguiente colectivo para volverse a Misiones tenía apenas dos horas. De manera que me escribió con el tiempo justo para no comprometerme en ir a verlo, cosa que yo hubiera hecho de algún modo pero él dispuso todo para que me fuera imposible. Entendí que quería ver las obras solo, con la mayor intimidad posible pero al mismo tiempo haciéndome saber que estaba ahí. Un gesto alucinante y sutil. Me escribió después al salir de la muestra, de regreso a Retiro, y me dijo una de las cosas más hermosas y fuertes que recuerde haber recibido por mi trabajo. Me dijo: *sos muy valiente...*

Lo escribo con pudor y sin ninguna vanidad, porque quien lo dijo fue alguien que alguna vez tuvo que copiar clandestinamente todo el archivo de un museo para terminar de escribir la investigación académica que yo estaba usando en mis dibujos,



UM  
Universidad de Misiones

y después tuvo que pagar de su propio bolsillo la publicación de esa misma investigación que nadie quiso prologar y por la que además fue perseguido, amenazado y difamado prácticamente el resto de su vida, así que nadie tiene más derecho que él a usar esa palabra.

Alguna vez se va a escribir la historia de esa obra, se la va a contextualizar, y se va a ver claramente la valentía que tuvo que tener Héctor para llevarla adelante. Es el único caso que yo conozco de una investigación académica del ámbito de las ciencias humanas que produjo una intervención directa, palpable y casi inmediata sobre el campo social. Así que todos los que pasamos alguna vez por la universidad deberíamos agradecer ese hecho extraordinario y anómalo que redime al menos un poco a toda la educación superior de su inercia espiritual. Ahora sabemos de nuevo que desde una biblioteca se puede todavía pinchar el sistema nervioso de los poderes, de las instituciones y de la comunidad.

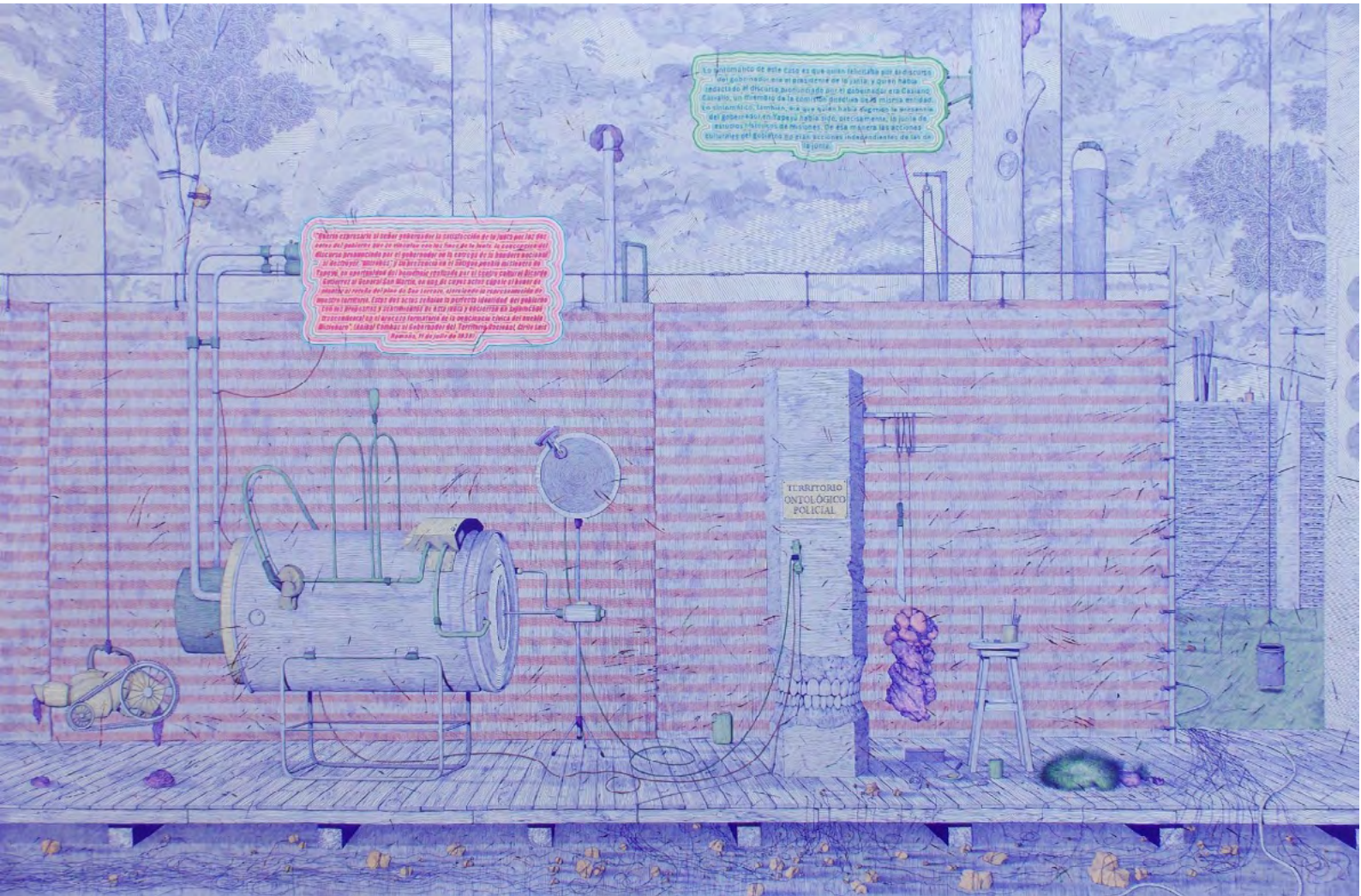
A lo largo de varios años nos vimos esporádicamente, cuando yo viajaba a Misiones o cuando él venía a presentar algún documental a Buenos Aires, pero el último tiempo nuestro vínculo fue más intenso. En diciembre de 2019 viajé a Posadas a visitar a mi familia y nos encontramos. Yo había hecho un libro de dibujos, una especie de novela gráfica que publiqué por mi cuenta y quería regalarle un ejemplar. Lo llamé y nos encontramos una tarde a tomar un café cerca de la plaza 9 de Julio. Me comentó que desde la Editorial Universitaria le habían propuesto reeditar sus tres libros y él quería que yo escribiera el prólogo de *Los Combates por la invención de Misiones*. (¿Qué?) Fue una sorpresa que en mi vida hubiera imaginado. Me quedé desorientado por un mes y medio al menos pero ahí le dije: *¿me querés hacer llorar? Me estás dando una misión para la que no sé si estoy preparado Héctor* –todo en un cierto tono de humor grandilocuente– ¡*La Misión!* dijo, ¡así se llamó la reseña que escribí Francisco en Primera Edición!... había estado tratando de acordarse del título desde hacía un rato, y efectivamente así se titulaba la tremenda y aguda reseña que escribió Francisco Alí-Brouchoud, allá por 2004, cuya repercusión a los dos les significó aprietes y amenazas y cuyas resonancias llegaron hasta mí, poco tiempo después. Me comentó un poco cuál era el contexto de la reedición y por qué quería que fuera yo el que escribiera ese prólogo. Entendí que era un gesto de reconocimiento a mi trabajo con su libro, por un lado, y al mismo tiempo era un desafío más amplio. En principio implicaba un desafío a mí mismo ya que él –y no yo– sabía que podía escribir ese texto y, al mismo tiempo, el escenario que planteaba era insólito: un artista visual escribiendo el prólogo e ilustrando un polémico –y a esa altura mítico– libro de historiografía local. En un solo gesto introducía a alguien completamente externo al medio para que diera una perspectiva sobre ese libro –con todo lo que supone de irreverencia y provocación al interior de su propio ámbito– y a la vez actualizaba y extendía en muchas direcciones el propio espíritu de intervención y rebeldía de esa obra. Magnífico sentido del tiempo y del espacio. Y esto se explica porque era una persona que se componía muy bien con lo que desconocía y estaba realmente abierto al afuera de los ambientes culturales e intelectuales en los que se movía. Y también pienso que su fuerte vitalidad y su infatigable capacidad crítica tenían que ver con esa gimnasia permanente que lo mantenía siempre un poco fuera de lo que lo rodeaba y conocía. Actitud que lo hacía inmanejable para cualquier uso político e irreductible a cualquiera de sus facetas.



UM  
Universidad de Misiones



Los meses antes de su fallecimiento fue el tiempo en que más vínculo tuve con él. Nos escribimos y hablamos mucho, básicamente porque estábamos en el medio de la euforia por la preparación de la reedición de su libro; además, yo me había lanzado, después de casi 6 años, a hacer un tercer dibujo para la serie de *Los Combates...* como una manera de actualizar ese proceso asociativo y darle alguna novedad a la reedición, cuando sucedió lo de su enfermedad y luego su fallecimiento. Fue demasiado repentino. Durísimo e imposible de asimilar al principio. Después me invadió una horrible



sensación de injusticia de la que me costó salir. Esas primeras semanas fueron desoladoras y conmovedoras al mismo tiempo porque gradualmente fueron emergiendo y resonando en ese vacío las interminables muestras de afecto de todos los que lo querían; y eran tantos que algo de todo ese amor creo que me consoló. Cuando pude me puse a ver todos sus documentales de nuevo, y creo que fueron sus documentales los que me ayudaron finalmente a procesar en parte su fallecimiento. Sobre todo uno que no conocía hasta ese momento en el que retrata a su maestra y mentora Lele Schiavoni. Cuando vi esa película sentí algo cercano al alivio. De alguna manera, a través de ella, el conjunto de su obra, el espíritu vivo de esas obras, desautorizaba mi tristeza y me mostraba un círculo perfecto. A pesar de ser alguien joven había logrado





crear una obra monumental y potente que se cerraba retomando el principio de su propia trayectoria. Verdaderamente conmovedor... Yo solía decirle en tono de broma –aunque era más en serio que en broma– que él era la primera persona que había desmontado el misionerismo –tornillo a tornillo– y era a la vez el primero que había hecho una obra post-misionerista. Se reía, obviamente. Y de verdad, creo que esa es la perspectiva en la que se pueden entender sus documentales. La primera obra post misionerista que, en el mismo sentido en que Gilles Deleuze planteaba que después de una verdadera ruptura *se deviene todo el mundo, se es como todo el mundo*, esos documentales muestran cómo es la vida después del Misionerismo, como es *ya, acá* la vida del después, donde todo sigue aparentemente igual pero ya nada es lo mismo.

Siento un orgullo enorme de haber sido su amigo, de haber compartido de algún modo el mismo tiempo histórico, de haber asociado mi trabajo con su obra, de haber conocido y disfrutado de la grandísima persona que fue. Lo recuerdo con la alegría que transmitía y siento que lo que logró en su vida fue absolutamente extraordinario, lo cual muestra la intensidad con la que vivió.



**LOS COMBATES por la recuperación de Misiones**

La Junta de Estudios Históricos de Misiones, creada en 1939, se constituyó en la primera instancia de un grupo de historiadores que se propusieron institucionalizar, por primera vez, la historia en el Territorio Nacional de Misiones. Mediante una activa participación social, estas personas se transformaron en un engranaje vital del proceso cívico-político más general representado por el movimiento provincialista, que buscaba, en el plano simbólico, de la fundación de una existencia de un sentido de pertenencia y unuir extendido a conjunto social.

**Afirmación de la identidad de Misiones por la industria local.**

Si alguien quiere ser admirado en esta sociedad, alguna cosa tiene que hacer o la modesta de la *mitadinería* de un depósito como un nativo, tener hijos nativos, inventar dinero en alguna alternativa, escribir su libro sobre los temas nativos, componer alguna obra artística que plasme el paisaje local, realizar una suscripción y administración por la exhibición nativista.

**b. La construcción del héroe**

Gracias a la nueva expresión de interés por el pasado, se hizo necesario con experimentación los juegos que plasmaron esa realidad en la construcción de un "héroe" local que representara todos los aspectos de los habitantes de Misiones y que, aunque representantes de los gustos del nacionalismo, en cualquier momento se podría en la línea generalista de los ideales.

Andrés Bello era un niño a través del cual se reconocía la cultura más "criolla" que se tenía, pero se le olvidó que no se lo confundiera con un "mitad nativo" (donde ya que los "mitadistas" en este caso, que son "mitadistas" que el "mitadista" en su vida "mitadista" y respetando de las normas de las costumbres y es la envidia que ella implicaba. Este indígena al terminar en su persona los dos sentidos: "libertador" el entendimiento indígena como defensor del "caudillo nativo" y el de la *zabala* como argentina como "barrio de las fieras" nacidas y transformadas en la figura más importante construida para sustentar la pertenencia argentina de Misiones.

# A modo de homenaje

Por Esther Lucía Schvorer

---

Cuando pensábamos las secciones de la revista La Rivada, Héctor propuso crear una sección llamada “Homenaje”: un espacio para homenajear a una persona, un concepto, una película, una trayectoria. Excelente idea que dio lugar a diversos y especiales homenajes. Nunca pensamos que nos tocaría homenajear a Héctor ante su partida. Hoy nos toca esta durísima tarea. ¡Obvio que merecía ese homenaje en vida! Pero la muerte nos sorprendió, violenta, impávida. Qué palabras encontrar para homenajear al querido amigo en estas circunstancias. Solo contar algún retazo de vida compartida, algún fragmento en el que participé de sus grandes pasiones: la docencia, el cine, la historia.

Lo conocí cuando ingresé a la carrera de Historia, en 1986 (es muy difícil no auto referenciarme en este escrito). Él había ingresado un año antes. Quiénes estudiábamos entonces lo conocíamos como el mejor estudiante. Nos hicimos amigos recién a mediados de los ‘90. Ambos ya habíamos terminado el Profesorado en Historia, éramos becarios de iniciación a la investigación en distintos proyectos. Héctor siempre estaba haciendo cosas, proyectos, grandes y pequeños, los que nunca concebía individuales. Tuve el honor de ser parte de muchos de ellos, y haber aprendido y vivido a pleno: siempre se aprendía y disfrutaba al lado de Héctor. Tenía un cóctel de virtudes excepcional: inteligencia, una tremenda capacidad de enseñar, generosidad y nobleza, compromiso y tenacidad, junto a un sentido del humor increíble.

Compartí con él grupos de estudio, cursos de formación, clases, trabajos de investigación, ediciones, viajes... gratificantes y divertidos mates y charlas. Héctor siempre fue generoso para mostrar senderos posibles, impecable en su lugar. Sus clases y trabajos eran hechos con la mayor dedicación y profesionalismo. Enseñaba sin aspavientos: el maestro verdadero.

En 2013 me invitó a acompañarlo en La Rivada. Fui parte de un equipo diverso y entrañable en el que trabajamos bajo la dirección de Héctor hasta lograr una revista de calidad, reconocida según los principales estándares de las revistas científicas. Ese mismo año también nos convocó a varios para trabajar en un proyecto de extensión universitaria en la localidad de Cerro Corá, Misiones, un pueblo que quería contar su historia; de ese proyecto, entre otras cosas, resultó “Cerro Corá...”, el documental que filmó con el apoyo de la Secretaría de Extensión de la Facultad.

En 2017 llevamos adelante la organización del ENGEIO XXXVII (Encuentro de Geohistoria Regional) docentes, graduados y estudiantes del Departamento de His-



UM  
Universidad de Misiones



toria de la FHyCS, logramos concretar un evento inédito, de excelencia académica y masivo. A pulmón se puso al hombro la edición de las Actas del ENGEO XXXVII, con un equipo de graduados y estudiantes, a todos siempre nos estaba enseñando a hacer lo mejor posible las cosas: se trataba de trabajar en la Universidad pública, isu lugar!

En ese año también sostuvimos una pesada y densa lucha política para volver a contarlo como profesor del Departamento de Historia. Haberlo logrado es una gratificación inmensa, a pesar de los sinsabores de entonces. Años antes, Héctor gratuitamente daba talleres sobre formulación del proyecto de investigación y escritura académica, abiertos a todas las carreras. Ya que no podía hacerlo desde las cátedras lo hacía igual, tozudamente, en los márgenes. Muchas veces la libertad y la autonomía de Héctor, innegociables para él, lo dejaron fuera de lugares importantes donde ver desplegado su potencial multiplicador, algo que la universidad y las instituciones no supieron o no quisieron aprovechar, precisamente, por miedo a la libertad. Su elección por la libertad, su autonomía, su capacidad docente y su generosidad fueron las que le valieron oleadas de afecto y reconocimiento de quienes podían ver su luz y sus dones, más aún durante su enfermedad.

En 2019, en otra tarea colectiva, fui parte de un proyecto en el que, a partir de una serie de talleres de trabajo, mujeres de distintas organizaciones y procedencias contaron sus luchas y construcciones ante el ojo lleno de admiración y profundo respeto de la cámara de Héctor. De allí salió “Mujeres de este mundo”. Muchos planes soñados entonces quedaron truncos.

Solía invitarlo hacia el final de la cursada a mis clases de “Taller de análisis y producción del discurso histórico”, del 1º año de las carreras de Historia. Él había sido el primer organizador de ese Taller. Lo invitaba ya que sus textos son bibliografía obligatoria y para que les contara a los estudiantes sobre la matriz historiográfica misionera, la *misioneridad* y las maneras de hacer historia en la región. Los estudiantes quedaban impactados por la claridad y lucidez de ese profesor: una sola clase, pero chicos y chicas lo recordaban siempre. Eso era mutuo: cuando los volvía a encontrar en las materias de los últimos años, Héctor los reconocía, ¡aún los recordaba! Muchas veces me lo contaron conmovidos. Esa enorme capacidad de Héctor de *ver* a las personas.

La pérdida del profesor, el intelectual, el cineasta -que podía escribir historia con la cámara con una sensibilidad magnífica- es inconmensurable. Más dura es aún la pérdida de la persona, del amigo, del hermano. Antes que escribir algo especial, creo que el mejor homenaje que podemos hacer a Héctor es poner el mayor entusiasmo y dedicación a nuestro trabajo en el aula, desde el lugar donde estemos, para dar lugar a esa tremenda capacidad que tiene la educación de promocionar en el más profundo sentido humano a las personas. Generar oportunidades y condiciones para que las alas se desplieguen y las mentes sean libres, levanten vuelo propio. Lo que él lograba. Eso, nada más, nos ha dejado como tarea, fiel a su estilo.

Hasta siempre querido Héctor.

Posadas, 16 de mayo de 2021



UM  
Universidad de Misiones



# Galileo Galilei

Por Jorge Aníbal Sena

---

Querido Héctor,

Hace varios días que no puedo dormir, pensando en muchas cosas. Una de ellas, es encontrar las palabras (no sé si justas) para escribirte en este homenaje. Ya ha pasado más de un año y todavía nos cuesta a todos tu ausencia.

Comienzo contándote que en estos días he conocido, literalmente, virtualmente o metafóricamente, a muchas personas amigas tuyas que, a partir de sus escritos, me hicieron conocerte un poco más. También conocí a otras personas, muy amigas también, que llenas de sentimientos de amor y cariño hacia vos no van a estar en este homenaje escrito; no porque no quisieran, al contrario, sino porque se nos hace imposible poder escribir algo.

Quizás es por eso que la mejor manera que encontré de hacerlo fue escribiendo esta especie de carta de agradecimiento a vos, a tu persona, a tu ser. Tal vez muchos no lo sepan, pero yo no fui tu amigo personal, íntimo, o como quieran llamarlo, pero sí compartí tu amistad y generosidad, primero como estudiante en el aula y luego en el trabajo de la revista La Rivada, y por ello te agradezco.

En el aula, en el primer año de mi formación en la ya desaparecida cátedra “Orientación y Profesión Docente”, me enseñaste algo contradictorio para mí en ese momento, algo así como que yo no tenía ni debía tener vocación docente para ser un docente. En tus clases fuiste desmitificado *eso de la vocación* como llamamiento divino, que inspira a alguien a ser algo o a hacer cosas por conspiración del universo. Al principio no te comprendía, y te lo dije en varias ocasiones en charlas de pasillo, hasta que, por casualidad, o quizás por tu capacidad más que por la mía, me fuiste mostrando otros caminos para intentar ser un buen docente, algo que vos fuiste y serás siempre para todos los que te conocimos.

Todavía recuerdo el examen final de esa materia, de la cual guardo mis apuntes y materiales. Es más, todavía me acuerdo que elegí un texto de Bertolt Brecht, *Galileo Galilei* (1939), que ahora tengo a mano. Leo lentamente el párrafo donde el Pequeño Monje manifiesta que hace 3 días no puede conciliar el sueño, según él por no saber cómo hacer compatible el decreto real que ha leído en referencia a los satélites de Júpiter y, por ello, después de misa decide ir a verlo para manifestar los peligros del conocimiento y su renuncia al estudio de la astronomía. Me viene a la memoria tu risa en ese momento del examen, apenas terminaba de leer ese texto. Con el humor que te caracteriza me preguntaste, ¿o sea que vas a dejar la carrera? ¡No! ¡No y no fue mi



UM  
Universidad de Mar del Plata

respuesta! Al contrario, Héctor, no es por llamado divino que estoy acá, ni por vocación. Con el tiempo descubrí que la mejor enseñanza que me dejaste para ser un buen docente es el amor al conocimiento y a compartirlo sin medidas. Para un profesor en Ciencias Económicas podría resultar raro y extraño plantear esto, pero se puede tener más dando todo.

Pasó el tiempo y nos volvimos a encontrar, en un proyecto que todavía continúa y sigue creciendo, la revista La Rivada. Este fue otro espacio y tiempo compartido, tiempo de vida, de trabajo, de dolores de cabezas, de risas, muchas risas, de momentos felices y eso es otra cosa que te quiero agradecer. Nuevamente nos enseñaste, al grupo inicial de la revista y al actual también, a trabajar en equipo y, por sobre todo, a compartir ideales que nos permitan intentar ser mejores, del trabajo horizontal, del esfuerzo y de que, al fin y al cabo, lo único que queda son los momentos felices compartidos.

Todavía recuerdo todo el tiempo que nos dejaste tomar para decidir el nombre, las distintas propuestas, los delirios de cada uno en cada reunión y hasta un... ¡¿Cómo no sabés lo que es una rivada?! para un compañero de trabajo. Creo que ese fue el momento definitivo donde supimos que ese era el nombre para una revista de estudios regionales.

Querido Héctor, no quiero extenderme más, sólo agradecerte y decirte que lo maravilloso de tu trabajo como docente no radica sólo en lo que hiciste en tu vida, sino también en lo que hiciste con las nuestras. Un abrazo grande, Chamigo.

UM  
Universidad de Mendoza

# ¡Oh Capitán! ¡Mi capitán!

Por Lisandro Rodríguez

---

*No es este el relato de hazañas impresionantes,  
es un trozo de dos vidas tomadas en un momento  
en que cursaron juntas un determinado trecho,  
con identidad de aspiraciones y conjunción de ensueños.*  
(Ernesto Che Guevara)

Emprender estas líneas no resulta una tarea sencilla, cuesta encontrar las palabras e hilar las frases. Quizás sea por lo extremadamente duro que significa transitar el duelo, o tal vez, porque la tristeza por su partida física aún ocupa un espacio muy grande, tanto que dificulta recordarlo con alegría, que es realmente lo que merece. Con la emoción a flor de piel y las subjetividades haciéndose presente en cada una de las expresiones dedicadas a Héctor, abordo este homenaje para La Rivada, revista a la que él me invitó a formar parte. Todo lo que escriba resultará exiguo ante la figura de alguien que, tanto ayer como hoy, sigue siendo imprescindible.

Tuve el honor de transitar y coincidir con él en varias etapas: fui su alumno, becario, colega y me atrevo a decir su amigo. Lo conocí en 2005, en el espacio práctico de la materia Historia Moderna. Retornaba de su forzoso exilio académico y todo lo que tenía para ofrecer era novedoso. Los que tuvimos el privilegio de ser sus alumnos sabemos que apenas iniciaba su clase nos atrapaba y nos conducía a un estado de atención y curiosidad permanente. Intentaba por todos los medios sacar lo mejor de cada estudiante, incentivándonos a reconocer nuestras capacidades y generando herramientas para superar nuestras limitaciones.

Cada una de sus presentaciones eran únicas y brillantes. No sólo se preocupaba por los contenidos, sino en que la clase fuese un espacio de enseñanza-aprendizaje constante y de resignificación de nuestro futuro oficio de docentes e historiadores. Era la materialización más cercana de la propuesta de Freire en la que el educador humilde y abierto se encuentra permanentemente disponible para repensar lo pensado, revisar sus posiciones, y busca involucrarse con la curiosidad del alumno y los diferentes caminos y senderos que la enseñanza le hacen recorrer. Nos interpelaba, movilizaba, provocaba e inquietaba. La pasión con la que daba sus clases era contagiosa. Su caminar por el salón, su escenificación y puesta en práctica eran alucinantes. Sonarán como eco sus carcajadas en cada una de las aulas cada vez que la nostal-



UM  
Universidad de Mar del Plata



gia se nos atravesase en el camino y nos volverá a contagiar una sonrisa y a conmovier con sus enseñanzas.

Pero Héctor no se quedaba ahí, creaba momentos y espacios entre charlas de pasillos o en la caminata de un edificio a otro de la facultad para conocer a sus alumnos. Fueron en esos intersticios en los que más me acerqué a él. Me conmovía su humildad, empatía y generosidad. Admiraba su compromiso para estar con y entre sus estudiantes. Con un impecable sentido del humor, pero con cierto tinte de melancolía -e incluso en ciertos momentos con una mirada taciturna- nos transmitía esperanzas, a pesar de lo terrible que pudiese resultar el presente, o de lo incierto que podía mostrarse el futuro.

¿Cuántos puentes construiste para que traspasemos umbrales o barreras que parecían infranqueables? ¿Para cuántos de nosotros fuiste -aunque no querías que te viéramos así- como una fuente de inspiración y superación? Rupturistas como pocos, Héctor tiró abajo la noción del aula convencional para el ejercicio de la docencia. Tenía la capacidad de transformar cada espacio en un lugar de enseñanza-aprendizaje (con la dialéctica que dicho compromiso implica). También comprendió que los contenidos académicos no resultaban suficientes, porque la tarea de formar implica conocimiento, reflexión, crítica, pero también empatía y calidez humana, por eso también habita en esas palabras de aliento, en los silencios de comprensión, en los abrazos en los momentos justos y la escucha atenta.

La lucidez de sus ideas y la materialización de sus propuestas siempre generaban espacios para la participación colectiva. A contracorriente y rompiendo los moldes del academicismo estructurado, pero con la convicción y el rigor intelectual que lo caracterizaban, siempre estaba creando. Inquieto, crítico y rebelde, contagiaba de entusiasmo a quienes lo rodeamos. Tuve el honor de formar parte de algunos de sus proyectos.

Sin lugar a dudas la revista *Desertores* constituye un punto de inflexión. Su idea era crear un espacio independiente donde los estudiantes pudiéramos escribir sobre historia y publicarla! “Que sus voces y palabras trasciendan los espacios cerrados del aula” era la expresión que utilizó cuando nos convocó a formar parte del Comité Editorial. El entusiasmo, e incluso el misterio que envolvía a dicha empresa, fueron incentivos suficientes para quienes asistimos a los primeros encuentros con el objetivo de materializar “la quimera”. La pasión febril de Héctor y su convicción pronto alejaron las dudas de compañeras y compañeros. Así fue como Sergio, Luis, Alejandro, Maxi, Patricia, Lourdes, Marcos, Damián, Jorge, Celeste y tantos otros que se fueron sumando, como Juana, Matías, Martín, Carlos, Julio, Rocío, Diego, dieron forma y vida a un proyecto “imperfecto” -en palabras de Héctor- y por lo tanto desafiante y maravilloso. Los integrantes fueron muchos más. Algunos compañeros se sumaban para algún número específico y otros transitaron un determinado momento. Evocar algunos nombres propios -apelando a la memoria que siempre traiciona- es una manera de ponerle rostros a semejante proyecto. Quienes no figuran entenderán que no fue adrede y me sabrán disculpar. Demás está decir que todo fue a pulmón, las primeras impresiones en versión papel eran netamente financiadas por él.

La impronta del desertor como alguien que huye de las férreas estructuras de la obsecuencia y se posiciona del lado de la crítica y el pensamiento reflexivo constituían en sí los principios de este proyecto colectivo que se fue consolidando y transitando hacia otros espacios como el programa *Desertores Radio* en FM Universidad y la entrevista entrañable al gran Osvaldo Bayer ¿Cómo dimensionar querido Héctor se-



mejante entrega, enseñanza y generosidad? No podrá el tiempo condenar al pasado y mucho menos al olvido tu influencia en nosotros y, sobre todo, no podrá apagar el fuego que encendiste al dar voz a quienes, desde los márgenes, nunca habíamos tenido el espacio de expresar nuestros pensamientos e inquietudes.

Como a muchos compañeros, me acompañó en los primeros pasos en la investigación junto a la querida Katy Schvorer. Ellos son mis primeros maestros en este oficio. En el ejercicio de investigar en y desde la aldea encontré a un Héctor generoso con sus conocimientos, siempre dispuesto a escuchar y a demostrar interés, pero sobre todo a brindar su tiempo, a pesar de las múltiples actividades en las que se encontraba. Su inteligencia superlativa y sus críticas constructivas despertaban una tremenda admiración, la misma que él no quería recibir (salía rápidamente del brete cuando se lo intentaba halagar). Luego de mi regreso a la facultad y sin la necesidad académica, pero con la intención de cerrar una etapa, emprendimos juntos la tarea de darle forma a un proyecto de tesis que, aunque quedó inconcluso -exclusivamente por mi (ir) responsabilidad- constituye un momento de aprendizajes únicos, donde el desafío no solo consistía en poner la historia frente al espejo, sino también el ejercicio de nuestra propia investigación y vocación.

El regreso de Héctor a la carrera de Historia significó una reivindicación histórica y una justa reparación. Coincidió con varias actividades del departamento, donde sobresale la organización del Encuentro de Geohistoria Regional en 2017. Con Katy como directora y con la colaboración de estudiantes, graduados y docentes se llevó a cabo la realización de este evento excelso desde lo académico y tremendamente enriquecedor para la carrera y para nuestra universidad pública. Compilar las actas y editarlas fue -sin saberlo- una de las últimas tareas realizadas junto a él.

Me puedo quedar con las charlas y discusiones, con los diálogos de café o con alguna que otra comida compartida. Me puedo aferrar a los momentos alegres -y otros no tantos- vividos en Posadas o en Buenos Aires. Me vienen a la cabeza las caminatas por las calles posadeñas, las marchas docentes, alguna que otra peña, las tardes de cine en el espacio INCAA o el Abasto (cuando había guita para esos lujos), en alguna que otra obra en el teatro San Martín, en los fines de semana por Plaza Francia o Quilmes, donde los mates, café -o gomitas dulces para los momentos de bajón- eran acompañantes predilectos en nuestro deambular.

Puedo volver a entristecerme y enojarme al recordar cuando me contabas de ciertas “decisiones” que tenían para con tu persona desde ámbitos donde deberían haberle valorado mucho más. Aunque son recuerdos que me los voy a guardar, eso sería aferrarme al pasado y tu impronta demanda mirar hacia adelante, porque la lucha sigue. Allí está el compromiso de asumir lo que nos enseñaste de la mejor manera posible, una tarea nada sencilla pero que necesariamente la debemos emprender ¿Cómo? Seguramente desde la lucha, la convicción y sin lugar a dudas desde lo colectivo. Aunque para ser sincero, representa una de esas preguntas en las que las respuestas se muestran difíciles de vislumbrar.

Es deber de los notables -parafraseando a Osvaldo Bayer en *La Lucha Misma*<sup>1</sup> posicionarse y en ese acto Héctor tenía claro su lugar: nunca del lado del poder o de la injusticia, ni de la comodidad o la complacencia y menos aún de la obsecuencia.

1 El 30 de noviembre de 2007 los miembros del Grupo Editor Desertores y del equipo Desertores Radio, junto con otros estudiantes invitados, tuvimos la oportunidad de entrevistar al historiador Osvaldo Bayer (*Revista Desertores*, 2008, número aniversario)



UM  
Universidad de Mendoza

Era su praxis el reflejo de esta elección. Con coraje enfrentó los costos (políticos y académicos) de esa posición y con la intrepidez con que se movía, se hacía cargo de su accionar, sin dejar margen a negociar por fuera de sus ideales.

Enseñabas con el ejemplo querido amigo y ese es tu mayor legado, el que se mantiene vivo en tus estudiantes, amigos y seres queridos. Ejemplo y compromiso que también se refleja en tus obras. Podrás habitar en cada uno de nosotros de distintas maneras, pero nunca desde el olvido.

¡Hasta siempre!

Candelaria, Misiones, 2021





# Héctor Jaquet somos todos

Por María Blanca Iturralde

---

## ¿Cómo homenajear a Héctor?

Para Héctor la palabra era muy importante en todo sentido, con su capacidad de escucha, observación y análisis siempre aportaba una mirada diferente.

Compartíamos amigos provenientes de los diferentes grupos que frecuentábamos, muchos se integraron a distintos proyectos y formaron parte importante de la historia en común.

Héctor tenía la capacidad de vincular mundos... Un amigo incondicional que estaba siempre acompañando.

Por eso, la idea es simple... A través de la elección de palabras-conceptos de amigos en común, buscamos definir de manera simple y contundente lo que significa Héctor para todos nosotros.

**Amigo – filántropo – visionario – intuitivo – sensible – autónomo – camaradería – coherente – generoso – honesto – inteligente – sincero – solidario – valores – entrega – humor – lúcido – empático – fiel – incondicional – idealista – pasional – reflexivo – multifacético – comprometido – creativo – independiente – audaz – conciliador – provocador – ocurrente – afectuoso... y mucho más...**

... y quisimos transformar estos conceptos en un objeto tangible, cotidiano, que nos acompañe día a día.

Las composiciones que acompañan esta propuesta están pensadas para que cada uno de nosotros se apropie y las resignifique de la manera que quiera; además, son un disparador para que cada uno genere su propia idea.

Lo más simple, quizás, es imprimir sobre un soporte de cierto gramaje, montar sobre una estructura de 20 x 20 cm –si es posible, de 2 cm de altura para que se separe visualmente de la pared– y luego ubicarla en el lugar elegido. También se puede armar una composición visual con varias de ellas, o llevarlas a otros objetos como una tapa de carpeta, un termo, la compu... entre tantas opciones más.

Este trabajo fue posible gracias a la colaboración de muchos amigos, que a través de sus aportes ayudaron a concretarlo, especialmente a Fernanda Niño, Luisa Celman, Cristina Minguíjon, Diego Gesualdi, Katy Schvorer, Miguel Riquelme, Ana María Zoppi y Silvana Diedrich con el diseño.

Un homenaje simple, para tenerlo presente siempre.



UM  
Universidad de Mar del Plata



DESCARGAR



1968-2020

# Héctor somos todos Jaquet



Amigo incondicional, fiel, de risa contagiosa y ruidosa, que combinaba con palabras sabias que contenian y traian sosiego... y todo esto acompañado con un blend auto elaborado para un rico mate mediante... ¡no podia faltar!  
Siempre dispuesto a dar un paseo en auto y disfrutar de la compañía y los paisajes, sobre todo humanos. Coherente con sus ideales y estilo de vida, digno.

Generoso al compartir su tiempo, con sus abrazos, sus palabras, incluso generoso con lo material aunque no le sobrase. Pasiona con su trabajo y sus proyectos, tan involucrado, que cuando se le preguntaba cómo estaba siempre respondia "¡alienado!". Un ser Único como Amigo. Su Ausencia se transformó en Presencia marcante y vibrante en mi Alma y seguro que en todos los que lo quisieron.



Por **Cristina Mingujon**

## Esencialmente un hombre bueno.

Esencialmente un hombre bueno. Eso debería decir todo. Sin embargo, hay que saturar el concepto para que Usted entienda la dimensión humana y profesional de Héctor Eduardo Jaquet.

BUENO, digno, íntegro, inteligente, abierto, tolerante. Comprometido.

No estoy idealizando a Héctor porque haya muerto. Su amistad, sus enseñanzas, sus trabajos, trasuntan eso; quien mire hoy sus realizaciones, escritas o audiovisuales, VE todas estas cualidades. Están en el tratamiento de los personajes, el cariño, el humor y respeto con que los cuida, están en la construcción de sentido que hace de las historias. Está en su compromiso con la razón más profunda de la Universidad Pública y Gratuita.

Héctor es- era su pasión: docente. No un docente que enseña, sino un docente que aprende cuando enseña. La horizontalidad era condición necesaria en sus vínculos. Lo importante era construir un vínculo que no se agotara en el objetivo didáctico- cualquiera fuera, sino que era un continuo relacional de genuino interés en el otro. Un vínculo que le permitiera tender puentes para que el otro aprehendiera las herramientas que lo hicieran crecer hacia sus sueños. Partía de interpretar, respetar y valorar a ese otro.

Parecía tan feliz trabajando. Tan pronta era la risa que se metía hacia adentro y lo sacudía entero. Lo conocí alumno, en interminables sesiones de estudio con su maestra de historia y de vida: Lele. Parecía una tertulia de amigos, discutían, escribían, leían, corregían, estudiaban, refacían, tomaban mate y comían. Disfrutaban de estudiar, de investigar de plantear hipótesis y contrastarlas y sobre todo de hacerlo juntos.

Con los años llegó un hombre también risueño e informal a Buenos Aires, a desafiar con su estilo y su capacidad, la Academia, desde su condición de historiador fronterizo (como interpretaba la particularidad del saber que se construía desde Misiones).

Perseverancia, trabajo y placer en lo que hacía. Héctor se doctoró y logró finalmente estudiar cine. Brindó a Misiones todo lo que resultó de su profunda y diversa formación con aquellos, sus atributos esenciales. Mezcló y batió los ingredientes... lo necesario como para no partir el gluten y que levantara. Levó durante años: sus alumnos, los colegas, su producción dan cuenta de eso.

Quedaron muchas cosas pendientes.

Aún no salimos de la perplejidad... no nos dimos cuenta de lo que acechaba... Y él tampoco.



Por **Luisa Celman**



La secuencia de imágenes que verán presionando el link no tienen que ver con un aviso publicitario. Se trata de algunos de los momentos registrados que viví junto a Héctor, trabajando, viajando o simplemente compartiendo una copa.

Diego Gesualdi.



<https://youtu.be/ionID6HSMQM>



[www.larivada.com.ar](http://www.larivada.com.ar)